

El sueño imperial de Eugenio D'Ors

JAVIER VARELA

EUGENIO d'Ors amaneció a la vida literaria y política barcelonesa en enero de 1903, con motivo del Primer Congreso universitario catalán. En aquel momento, tras los éxitos políticos de 1901, el nacionalismo catalán pasaba por dificultades: «un dels períodes de la història moderna de Catalunya més ingloriosos»¹. El período que media entre la prisión y enfermedad de Prat de la Riba, la escisión de la *Lliga Regionalista*, en 1902, y las primeras victorias lerrouxistas del año siguiente. El joven Ors parecía tomar buena nota de este sesgo desfavorable. Cataluña caminaba hacia una revolución, pero lo hacía con los ojos vendados. El país menestral y utilitario, rebosante de inquietud regionalista, debía mudar de horizonte. Hasta entonces había aspirado a la libertad; ahora se trataba de adquirir una vida intelectual poderosa, un «espíritu» original que justificase su personalidad política ante el mundo. El idealismo tenía que sustituir al empirismo, a esa filosofía del sentido común que, a lo largo del siglo XIX, se había identificado con el pensamiento catalán: «ningú que hagi llegit El Criterio de Balmes ha arribat al pol austral». Cataluña dormía, y el joven se atrevía a gritarle: «¡levántate y anda!» Había que librarla de sus ataduras materiales para que pudiera desplegar su genio; viajar hacía horizontes de grandeza no soñados hasta entonces².

El atrevido universitario que así hablaba —había nacido en Barcelona, en 1881—, estaba poseído de un altísimo sentido misional. Un afán que sólo puede ponerse en parangón con el de otro contemporáneo suyo, José Ortega y Gasset. Ambos tenían el juvenil convencimiento de que todo lo anterior a ellos, la cultura de raíz católica o positivista —ya fueran las obras de Torras y Bages, ya las de Menéndez Pelayo— era algo provinciano y abyecto. El madrileño quería ser un importador de idealismo; en sus vigiliadas de Marburgo se veía llenando sus «trojecillos mentales», labrando «blanco pan de idea» para sus desmoralizados paisanos. El barcelonés recomendaba un gran baño de platonismo, una inmersión que limpiase a los catalanes de la roña aristotélica; también ha-

¹ Josep Pla, *Cambó*, Obras completas, vol. 25, Barcelona, 1981.

² «Extensió de les ensenyances especulatives», *Papers anteriors al Glosari*, Barcelona, 1994, págs. 244-49.

blaba de alimentarlos con el «pan espiritual» del Renacimiento. Ambos entendían que su labor era de importancia decisiva para los destinos nacionales respectivos. A menudo se identificaron con héroes culturales como Sócrates, Erasmo o Goethe. Ortega —*preceptor hispaniae*—, auxiliado por Kant, se proponía disciplinar las mentes españolas, elevarlas hasta el nivel europeo; una *kulturkampf* que redimiera a una raza basta, decaída o afeminada. Ors —*magister cataloniae*—, se tenía por artífice principal de una época de *lumières* que iba a conducir a sus paisanos a la grandeza imperial. Ambos, el castellano y el catalán, estaban convencidos de ser las personas más inteligentes de su tiempo, con alguna rara excepción. Y, fuera o no justificada su pretensión, lo cierto es que se alzaron a magistraturas intelectuales, en Madrid y Barcelona, no igualadas por ningún otro³.

La promesa de redención fue mejor acogida en Barcelona que en Madrid. Los intelectuales avecindados en la corte, salvo el grupo relacionado con la universidad, se movieron entre el periodismo y la bohemia, haciendo y deshaciendo plataformas o ligas políticas, de espaldas casi siempre al Estado liberal de la Restauración. Los intelectuales barceloneses, en cambio, se aproximaron a la figura modernamente bautizada como intelectual orgánico. El nacionalismo catalán era un movimiento dirigido por clases medias profesionales: abogados como Verdaguer i Callís, Prat o Cambó; médicos como Robert; arquitectos como Puig i Cadafalch. Este era el sector del que venían, o al que trataban de asimilarse, las promociones catalanistas de principio de siglo (Ors era hijo de médico). Prat de la Riba era muy sensible a las demandas de los intelectuales. Los jóvenes licenciados por la universidad barcelonesa encontraron en él a un consejero comprensivo, alguien que era capaz de guiarles y protegerles hasta el desempeño de una profesión remunerada. Prat fue para ellos una ideal figura paterna; una especie de Giner de los Ríos con poder político, con tacto suficiente para respetar el orgullo del hombre de letras. Quien era capaz de presentar a Josep López-Picó, escribiente en su secretaría, como «un jove que s'està fent un nom en la nostra literatura i que ens fa l'honor d'ajudar-nos en les tasques administratives»⁴, ¿no era acreedor a una perenne devoción? Los jóvenes como d'Ors, Bofill i Mates o López-Picó idolatraban al *senyor* Prat, y el sutil político supo emplearlos en las instituciones —viejas o nue-

³ Ortega y Gasset, *Cartas de un joven español*, Madrid, 1991. «Cartes d'Eugeni d'Ors a Amadeu Vives» (1904-1906)», a cura de Jaume Aulet, *Els Marges*, 34, 1986.

⁴ R. Olivar Bertrand, *Prat de la Riba*, Barcelona, 1964.

vas—, controladas por el catalanismo. Dominada la política municipal o parlamentaria por la generación pratiana, los mozos quedaron destinados a nutrir las filas de la burocracia cultural. La colaboración entre intelectuales y políticos, fundada en la comunidad de ideas y en patronazgo, fue rasgo distintivo de la vida barcelonesa. A ella debió el nacionalismo su rápido dominio de la cultura catalana. Ella le permitió crear un arte y una literatura oficiales; un conjunto de símbolos y mitos que ofrecían la imagen de una Cataluña armónica, fuerte, europea, unánime.

El proyecto orsiano tomó forma definitiva durante su larga residencia en París, prolongada con interrupciones breves entre 1906 y 1911. Francia fue una experiencia decisiva para d'Ors. Lo fue para todo joven catalán que se abría al mundo de la cultura. Más, en comparación, de lo que las universidades alemanas significaron para el resto de intelectuales españoles. A París se viajaba para vivir la bohemia artística (los Rusiñol, Hugué, etc.) o, más adelante, para estudiar con destacados maestros. Se iba para respirar su ambiente, adquiriendo insensiblemente los modales y el gusto de un hombre civilizado; para convertirse en francés honorario, incómodo por no serlo del todo, porque «ser francés es ya una distinción» (d'Ors). La identificación cordial con Francia y lo francés proporcionó al nacionalismo catalán modelos políticos, literarios, artísticos; una fuente de identidad que fuera contrapeso o alternativa de la negada identidad española. Verdaguer i Callís, Prat o el joven Cambó tuvieron una estrecha relación con el nacionalismo conservador francés⁵. Sus críticas al liberalismo español, como algo postizo, contrario a la constitución natural o histórica de España (o de Iberia), se parecen demasiado a las doctrinas antirrevolucionarias de Taine o de Barrès como para no considerarlas, a su vez, como un producto de importación. Si fijásemos la atención en la izquierda catalanista nos encontraríamos con idéntica devoción por lo francés, representada ahora por la tradición republicana y anticlerical. Un Gabriel Alomar hablará, o mejor, creará en ella con tonos francamente religiosos. Los catalanistas, sin distinción de matices, vieron a España a través del romanticismo francés, destacando lo irregular y pintoresco del país; perspectiva que adoptaron Almirall, Prat, d'Ors, Pla y tantos otros, acorde con el género literario de la literatura de viajes.

No es de extrañar, pues, que Eugenio d'Ors supiera de antemano adónde dirigirse. Su llegada a la capital francesa, convertido en diario colaborador de *La Veu de Catalunya*, coincidió con

⁵ Joaquim Coll i Amargós, *El catalanisme conservador durant l'afer Dreyfus, 1894-1906*, Barcelona, 1994.

el final del *affaire* Dreyfus: «aquella misma mañana, en el patio de la Escuela Militar, Dreyfus era rehabilitado. Y nosotros estábamos allí y lo veíamos. Pocos días después, forzado por la ley de Separación, el arzobispo de París abandonaba su palacio de la rue Grenelle... En lo intermedio, habíamos estado frente a Jean Moréas»⁶. El desenlace del *affaire* le proporcionó una duradera lección sobre el activo papel que los intelectuales podían desempeñar en la política moderna. Una de sus primeras glosas está dedicada precisamente al autor del *J'accuse*, altísima lección de «intervención» y «sacrificio». Y siempre procurará desligar el naturalismo de Zola —una estética que aborrece— de su papel «ciudadano», ejemplo de lo que llamará más adelante «partido de la inteligencia»⁷. Ahora bien, el papel elogiado de Zola —un símbolo más bien—, nada tiene que ver con las ideas republicanas. El rinde visita a Jean Moréas, un poeta griego de nación, avecindado en Francia desde tiempo atrás. Cuando d'Ors le conoció, en 1906, había abandonado el simbolismo para concentrarse en el rescate del espíritu greco-latino francés enervado, según decía, por la Reforma y el Romanticismo. «Príncipe de la claridad» le llamará d'Ors, que no parará de dedicarle elogios⁸. Moréas era uno de los maestros de Charles Maurras, el antiguo *felibre* regionalista, que había pasado a su vez del nacionalismo literario al político. Maurras era el caudillo indiscutible de *L'Action Française*. Las febriles conversaciones con los «camaradas» nacionalistas, el «fuego patriótico» que ardía en el Barrio Latino, marcarán de forma duradera al barcelonés.

L'Action Française era una política reaccionaria, el llamado nacionalismo integral, y, a la vez, una estética clasicista⁹. La conjunción, o dígase confusión, entre valores estéticos y políticos es una de sus características más señaladas. Otra, la división del mundo político y cultural en categorías antitéticas: clasicismo, o sea, razón, orden, medida, equilibrio, frente a romanticismo, sinónimo de anarquía sentimental; monarquía, que quiere decir autoridad, jerarquía, fuerza, corporativismo y catolicismo, contra república, idéntica a espíritu revolucionario, democracia, protestantismo e individualismo. En el extremismo maurrasiano no había lugar para el claroscuro. El bien y el mal, la virtud y el vicio eran adjudicados con precisión maniquea. La lógica dicotómica llevaba a establecer paralelismos arbitrarios: la república puede

⁶ *Nuevo Glosario (NG)*, III, Madrid, 1949, pág. 865.

⁷ *Obra Catalana Completa 1906-1910 (OCC)*, Barcelona, 1950, págs. 45-46 y 217. «Revisionismo», *La Catalunya*, 13 junio 1908.

⁸ OCC, pág. 1.173 (1909).

⁹ E. Weber, *L'Action Française*, París, 1985. C. Capitant-Peter, *Charles Maurras et l'idéologie de l'Action Française*, París, 1972.

ser autoritaria o el catolicismo romántico. Pero, ¿qué importaba? En el inquieto clima intelectual del fin de siglo, Maurras ofrecía el reposo de las síntesis definitivas. Distinguiendo con claridad el amigo del enemigo, podía servir de criterio infalible para el juicio, de segura guía para la acción.

La tarea ingente que se propuso Eugeni d'Ors fue la de moldear o recrear la cultura y la política del catalanismo —la cultura, directamente; la política, por modo indirecto— en los esquemas de la *Action Française*. Romper con sus orígenes románticos, historicistas, ruralizantes, clericales. Romper, digamos, con la exaltación de la Edad Media, el arte románico, el excursionismo alpestre, las florescencias estéticas y sentimentales del Modernismo. Pasar a una fase clasicista, urbana, moderna, matizadamente laica. Para facilitar el tránsito, *Xènius* —así empezó a firmarse— procedió a inventar una serie de neologismos que sustituyeran a las metáforas naturalistas de un Prat de la Riba o de un Cambó: el manantial, el pólipa de coral, la fertilidad, la roca, el río, la germinación; metáforas que aludían a la patria o a la nación como hecho biológico o geológico. La prodigiosa inventiva orsiana creó un vocabulario con términos, a veces, desconcertantes: Albedrío, Ciudad, Arbitrarismo, Roma, siempre escritos con mayúscula, denotando la voluntad dominadora del Caos de la naturaleza, creadora de un Orden artificial. Son palabras jeroglíficas, que piden ser interpretadas con una clave. Son arquetipos culturales, como Roma, sin localización espacial o temporal. Por fin, se usan a modo de conjuros, mitos movilizados llamados a suscitar actitudes estéticas y políticas; a crear, incluso, un tipo humano, un tipo de civilización, que el interesado bautizará como *noucentisme*.

La afición a construir mitos, lejos de ser una extravagancia orsiana, era ampliamente compartida por el nacionalismo catalán. Podríamos decir que todo nacionalismo aparece asociado con un mito de los orígenes. La literatura catalanista, desde principios de siglo, tenía ya formado este metarrelato. Hubo un tiempo de plenitud, cuyas raíces se hundían en una primitiva *etnos* ibera. Su florecimiento y expresión más granada se lograron en la época medieval. Este es el período en que la lengua, el arte, el derecho y el «carácter» o espíritu nacional llegaron a su eclosión. Según esto, Prat de la Riba podía llamar «nacionalista» a un personaje medieval como Vifredo el Velloso. Los orígenes medievales de la nación catalana conformaron la duradera imagen de la marca Hispánica, avanzada del Imperio carolingio en tierra de infieles; imagen narcisista que describe a Cataluña como una nación europea desde siempre, opuesta y como extraviada en el conglomerado geográfico y político español, medio africano. Esta primavera nacional se vio frustrada por la política unitaria de Fernando el Católico. Una decadencia o letargo refrendada por los decretos de Nueva Planta,

a principios del siglo XVIII. Como colofón, viene el despertar hacia el ser de la semilla dormida, por obra de profetas y apóstoles nacionalistas. Prat de la Riba dio forma acabada al mito en *La nacionalitat catalana*, y como político realista, siguió afirmando su necesidad en horas de proselitismo; los mitos, escribe, «afirmen i neguen tot'a l'hora. Comuniquen a les multituds la fè que no més es troba en la possessió d'ideals renovadors i constructius; i al mateix temps per la seva indeterminació i imprecisió, aglutinen totes les forces de protesta, totes les revoltes del malestar present, totes les opinions més divergents, perquè són una negació que nega tot lo que cada ú vol destruir i una afirmació que reivindica tot lo que cada ú desitja haver»¹⁰.

Para la invención o reedición de mitos políticos y culturales, Xènius eligió, no por casualidad, la manera soreliana. El nombre de Georges Sorel y de sus discípulos estaba asociado en estos años con Maurras y la *Action Française*; una colaboración entre extremos que se haría más estrecha en el *Cercle Proudhon*¹¹. Síntesis temprana entre nacionalismo extremista y socialismo moralista; precedente doctrinal que sólo descubrió sus atroces consecuencias después de la Gran Guerra. D'Ors estuvo muy atento a estas novedades francesas. Los lectores de *La Veü* eran informados con puntualidad de cómo «un Georges Sorel ès troba allí amb un Charles Maurras per a dir: devem liquidar, contradir l'obra de la revolució; per a combatre plegats la forma democràtica dels Briand y dels Jaurès». Las citas y testimonios de admiración a Sorel menudearon en el *Glosari*: «nosaltres, lectors fervents de Georges Sorel, nostre mestre»¹². Sorel era un moralista apocalíptico que juzgaba la sociedad burguesa moderna en decadencia absoluta. Las ideas sobre la degeneración biológica formaban parte de los tópicos del tiempo. Pero Sorel —un ingeniero— quedó muy impresionado por las consecuencias que parecían seguirse del principio Carnot-Classius, o tercera ley de la termodinámica; por lo que llamaba «las cuestiones relativas a la disipación de la energía». La visión de un universo que se degrada inevitablemente parecían desmentir las ideas ilustradas sobre el progreso indefinido de la humanidad. La marcha natural hacia una especie de nirvana cósmico sólo podría evitarse por un esfuerzo denodado de la volun-

¹⁰ «Pro Mancomunitat», *La Veü de Catalunya*, 1 abril 1913 (en adelante *La Veü*).

¹¹ Zeev Sternhell, *La droite révolutionnaire*, París, 1978. Id., «Georges Sorel. Le syndicalisme révolutionnaire et la droite radicale au debut du siècle», en *VVAA, Georges Sorel en son temps*, París, 1985.

¹² Respectivamente, *OCC*, págs.1481-82 (1910); «The, xacolata i café», *La Veü*, 18 de mayo de 1911; *OCC*, pág. 1478 (1910).

tad, por una repentina mutación llevada a cabo por hombres de condición heroica y pura. Sorel afirmó entonces el valor del mito como fuente de energía creadora; su carácter arrebatador, total, de instantáneos efectos, en contraste con la utopía racional, reformadora, parcial¹³. Eugenio d'Ors se movía en el mismo clima intelectual que Sorel, hostil a la razón ilustrada y a la política democrática. También a él le fascinó el hecho de la degradación de la energía, y vio en ello un principio generalizable al mundo espiritual y humano: *degradacions d'esperit*. En la concepción entrópica apreció, incluso, una prueba irrefutable del mal en la naturaleza; como si la ciencia se encontrase con la doctrina teológica de la caída. A despecho de su proclamado intelectualismo, también comparte con Sorel la devoción por Bergson, por esa intuición que capta la totalidad frente a la razón que fragmenta. Por lo mismo que simpatiza con el pragmatismo de William James o de Emile Boutroux, que declara la eficacia como criterio de verdad. La idea orsiana del mito es típicamente soreliana: sistemas de imágenes, anteriores al razonamiento, que enardecen la voluntad; sistemático cultivo de la ilusión, fabulación del pasado como fuente de energías para lo porvenir: «¡Ai del poble que deixa marcir la seva mitologia!» Xènius quiso ser el Sorel catalanista. Así como el francés creaba una mitología para el sindicalismo revolucionario, centrada en el mito de la huelga general, el catalán inventó un repertorio mítico para el catalanismo, una «mitología nacional», centrada en el mito del imperio¹⁴.

Los mitos orsianos proceden directamente de la antigüedad greco romana, o son variaciones tomadas de la literatura contemporánea. El mito de Prometeo, el que roba el fuego a los dioses, vertido en la figura moderna del héroe de Carlyle; individuo ejemplar, hombre representativo, como Prat, como Cambó, como Chamberlain; o bien, el pueblo extraordinario —Cataluña, Inglaterra—, que impone su vigorosa personalidad a una época. El mito de la ciudad antigua, memoria de la república platónica, actualizado en libros como el de Fustel de Coulanges; un grupo humano homogéneo, incluso desde el punto de vista racial, unificado por la moderna religión del patriotismo: la Solidaridad catalana es su ejemplo. El mito agustiniano de las dos ciudades, el conflicto pe-

¹³ G. Sorel, *De l'utilité du pragmatisme*, Paris, 1921, págs. 322 y 325; *Las ilusiones del progreso*, Valencia, 1909, pág. 216; *Reflexiones sobre la violencia*, Madrid, 1976, con introducción de Isaiah Berlin.

¹⁴ «Mitología nacional», en OCC, pág. 1333 (1909); «Degradacions», OCC, pág. 917 (1909) y «Els fenòmens irreversibles i la concepció entròpica de l'univers», *Arxiu de l'Institut de ciències*, 1911. La entropía como pecado en «Pali-que», *Nuevo Mundo*, 27 de noviembre de 1925.

renne entre Dios y Satán, implícito en las duales visiones orsianas: intereses empíricos / ideales, nación / imperio; una bonita manera de ilustrar el antagonismo irreconciliable entre España y Cataluña. El mito del eterno retorno que, aplicado a la llamada filosofía de la cultura, dará en el establecimiento de arquetipos o «eones»: alternativas de barroquismo y clasicismo; aplicado a la política, la vuelta periódica de «Babel» —el individualismo liberal— y Roma —una especie de comunitarismo autoritario—. Y, por fin, el mito central, el que «col.locat en l'avenir ès una font certa d'energía», el imperio¹⁵.

HORIZONTES DE GRANDEZA

El mito imperial tuvo en d'Ors una elaboración temprana. La tesis con la que se doctoró en Derecho, en 1905, se titulaba *Genealogía ideal del imperialismo*. Según parece, fue Gumersindo de Azcárate quien supervisó el trabajo y recomendó la bibliografía pertinente. El imperialismo era un asunto muy comentado en el Madrid de principio de siglo. La derrota del 98, la publicística sobre la superioridad de los anglosajones, había llamado la atención sobre las causas de la fuerza y la decadencia de las naciones. A esto se añadió el espectáculo de la guerra anglo-boer y, a los pocos años, el conflicto armado entre Japón y China, seguido con amplitud en la prensa del momento. Los escritores españoles sacaban consecuencias para la política interior. La lección de la derrota aconsejaba concentrar las energías en los límites del territorio, apartar toda tentación de expansión exterior. Las apelaciones de Unamuno o de Maeztu a la conquista espiritual o económica de Castilla, aluden a la colonización del interior por la periferia española. El imperio pudo ser un tema para la nostalgia, pero no un objetivo realista. Y, cuando algunos se decidieron a resucitarlo, allá por los años veinte, aparecerá bajo la figura cultural de la Hispanidad. En Cataluña, el incipiente nacionalismo empezó manifestando simpatía por las pequeñas nacionalidades, o las naciones en ciernes, como el Transvaal, que luchaban contra grandes imperios como el británico. Ejemplo es el mensaje que la *Unió Catalanista* envió a Krüger en noviembre de 1900. Sólo tomando a Cataluña como sujeto paciente, el imperialismo se había conside-

¹⁵ «A Azcárate, que era un hombre cortés, le pareció respetable, aunque condenable la teoría», *NG*, III, pág. 596 (1938). Azcárate dirigirá también la tesis de José Félix de Lequerica sobre Georges Sorel; se quejaba de Lequerica de no haber encontrado entonces la menor estimación por Maurras y Sorel, quizás porque sólo se fijó en «el medio gubernamental», *El Pueblo Vasco*, 18 de septiembre de 1927.

rado bajo una luz favorable. Así, las opiniones que, en julio de 1899, ante la visita de la flota francesa a Barcelona, se ilusionaron con la anexión. Lo curioso, lo desmesurado de la elección orsiana reside en que él, un nacionalista radical, tomaba a los imperios grandes como modelos a imitar.

«Anomenem imperial, com a primera definició, tota aquella política en que la poixança, i per consegüent la responsabilitat, ultrapassa l'esfera de l'actual domini»¹⁶. Para llegar a estas fórmulas, Eugenio d'Ors se ayudó de cierta literatura sobre la expansión colonial, y las consecuencias que la formación de imperios tenían en las sociedades modernas. Libros como *Social evolution y Occidental civilization*, de Benjamin Kidd, ambos traducidos al castellano, o *La cité moderne*, de Jean Izoulet, inspirados por el darwinismo social. A Kidd lo consideraba «el mayor filósofo contemporáneo» después de Spencer. De Izoulet recibirá un directo influjo, asistiendo a sus clases en el *Collège de France*. Para autores como estos, las sociedades eran organismos biológicos, sujetos a un orden jerárquico de funciones. Las leyes de selección natural y supervivencia de los más adaptados se desplazaban desde las especies a las naciones. Cada organismo nacional eliminaba la competencia entre sus elementos para afrontar con eficacia a los restantes organismos. De ello resultaban dos imperativos: cooperación a rajatabla en lo interior y lucha sin cuartel hacia lo exterior. Por el primero, los intereses y pasiones de individuos o grupos eran subordinados al orden colectivo; cohesión que debía afirmarse con factores irracionales, religiosos o patrióticos. Por el segundo, las naciones y razas inferiores se extinguían ante el inevitable empuje de las superiores. Así era el mundo, de acuerdo con la «ciencia bio-social» (Izoulet). Así debía ser para el aplicado alumno que era d'Ors: «la biología moderna ha dictaminat: viure és vencer»¹⁷.

La ideal genealogía imperial orsiana incluía la teoría del héroe de Carlyle, aunque extendiéndola a los pueblos. La historia ha sido hecha por individuos excepcionales, por genios mitológicos, religiosos, políticos o culturales. Por lo mismo, existen Estados héroes, de altísima idealidad, «viriles», destinados a guiar a los demás por los vericuetos de la historia. Los Estados reyes dominan; Los Estados súbditos tienen obligación de someterse, en su beneficio y en el de la «Cultura»¹⁸.

¹⁶ «Imperi», *La Veü*, 22 de mayo de 1914.

¹⁷ En 1907 recomienda para la biblioteca de todo escolar «L'evolució occidental», mezcla de los títulos de Kidd, y las obras de Kipling y Carlyle, OCC, pág. 566. Izoulet tradujo al francés a Carlyle, Roosevelt y Mahan. Más referencias a Kidd en «Un gran imperialista», *La Veü*, 30 de enero de 1911.

¹⁸ «Les aspiracions autonomistes a Europa, IX», *La Veü*, 21 de diciembre de 1912.

Desde estas visiones generales de la historia, ya biológicas, ya trágico heroicas, *Xènius* va a parar a la Cataluña de su tiempo, aquilatando el significado del imperio. Primero, se trataba de recuperar, mejor diríamos de fabular la cálida memoria del pasado: la expansión catalana por el Mediterráneo, la epopeya de los Almogávares, o sea, «les nostres grans agressions d'un temps». La figura de Jaime I era digna de ser cantada por un Kipling. Pasado que parecía garantizar un futuro de fuerza y dominio: «la nostra pàtria va esser gran perquè era una, perquè era imperi». Como segundo rasgo, el imperio se describe como tarea actual de expansión: la reivindicación pan catalana, la integración de todos los territorios de lengua catalana desde el Rosellón hasta Alicante, incluidas las Baleares y algunas islas griegas; conjunto que haría viable el engrandecimiento naval y mercantil catalán. Lo tercero, como colofón, el imperio promete un luminoso porvenir: Cataluña interviene en los asuntos mundiales, ombligo del Mediterráneo, heredera legítima de la antigüedad, devuelta al centro de la vida europea. Las esperanzas se fijan en la reconstrucción «mística» del imperio de Carlomagno. D'Ors dice haberse servido del libro de James Bryce sobre el sacro imperio, reafirmandole en la continuidad ideal entre Roma y los imperios modernos. Carlomagno fue también aludido por Prat de la Riba. En lo futuro podría alcanzar realidad con la unión entre Alemania y Francia, teniendo a Cataluña como una de sus «partes cordiales». Todo un amanecer de esplendor para la «civilización aria»¹⁹.

El imperialismo representaba, de acuerdo con la construcción orsiana, una superación del nacionalismo, un estadio más elevado en la evolución social. Cataluña había iniciado su trayectoria ascendente desde el provincialismo y el regionalismo hasta el nacionalismo. Desde allí debería alzarse hasta la universalidad. El nacionalismo es fiel a la materialidad de la tierra, exalta la diferencia de cada pueblo. El imperialismo aspira a unir a los distintos pueblos en un Estado. El uno es defensivo, equivale a naturaleza, romanticismo y liberalismo. El otro es agresivo, y viene a ser igual a clasicismo, artificio humano y autoridad. El imperio es a la nación como el espíritu es a la carne.

Algún ejemplo plástico puede advertirnos sobre el modo de esta elevación del nacionalismo catalán a la dignidad imperial; un modo que, como en la dialéctica hegeliana, conserva y supera a la vez. La sardana fue una de las tradiciones inventadas por el ca-

¹⁹ Almogávares, en OCC, págs. 271-72 (1906); centenario de Jaime I, OCC, pág. 360 (1907); pancatalanismo, «Gentil carta», *La Veu*, 4 de enero de 1913; Carlomagno, OCC, págs. 1088-89 (1909).

talánismo a principios de siglo, igual que el canto coral, el himno de los segadores, el excursionismo o la depuración de la lengua. Desde sus modestos orígenes ampurdaneses, en torno a 1850, este baile capicúa fue elevado a símbolo de la tierra, a ritual comunitario. Pues bien, por un ejercicio de prestidigitación, el Alberdrío orsiano lo despoja de sus raíces románticas; su complicación, nos dice, es científica; su perfección, matemática; sus movimientos obedecen a un ritmo eterno, como la patria catalana o el mediterráneo clásico. La sardana podía ilustrar, pues, el tránsito del localismo al nacionalismo, y, desde allí, al imperialismo. Xènius creía que no estaba lejos su triunfo en los salones de París²⁰.

Las fórmulas orsianas, por lo tajantes, pueden resultar equívocas. En su madurez, hará circular la versión de que el imperialismo, y su cortejo de imágenes, suponía una crítica al nacionalismo catalán. Sus doctrinas, según confió a su discípulo López Aranguren, «venían a contradecir todo el aparato ideológico del catalanismo»²¹. Ahora bien, visto desde la época en que se escribió el *Glosari*, la conclusión debe ser la opuesta. Eugenio d'Ors dio tempranas muestras de ser un nacionalista exaltado, racista, antisemita en multitud de ocasiones. Su separatismo no era solamente espiritual —«nostra ànima no es la seva»— sino político. Cataluña debía ser un Estado soberano, en relación directa con las «naciones extranjeras». Cuando mucho, podría admitir una delegación de funciones para formar «Estados cooperativos»²². Al iniciar su carrera en *La Veu de Catalunya* pondrá sordina a estos objetivos maximalistas, envolviéndolos en el mito imperial. Cataluña es «metrópoli», nunca nacionalidad o región autónoma. La celebración jubilosa de la independencia de Noruega, en 1907, es otra manera de aludir a la separación. El control aduanero sobre la calidad racial de la emigración castellana, o la limitación de los derechos de ciudadanía de los «metecos», eran propuestas sólo realizables si Cataluña se apartaba de España. Una España que, además de opresiva, resultaba contaminante o infecciosa. En materia lingüística mostró una intransigencia a toda prueba. La mentalidad catalana, decía, agonizaba con el uso del castellano; había que relevarlo, pues, al fondo de la subconsciencia, al rango ínfimo de «variedad dialectal». El uso exclusivo de la lengua propia, en cambio, prometía efectos taumatúrgicos sobre la creación cultural...

²⁰ Joan-Lluís Marfany, *La cultura del catalanisme*, Barcelona, 1995; OCC, págs. 543-45 (1907), y 794 (1908).

²¹ *La filosofía de Eugenio d'Ors* (1945), Madrid, 1981, pág. 312.

²² «Als escolars de la Universitat de Montpel·lier» (12 de noviembre de 1901), *Papers anteriors al Glosari*, cit. págs. 253-264.

y así sucesivamente²³. D'Ors era hombre del todo o nada, un *toresista*, archinacionalista a fuer de imperial. Una posición semejante a la de Kipling, apologista del imperio británico. A Kipling dedicó d'Ors una porción de escritos: «Rudyard Kipling: nosotros empezamos a balbucear palabras imperiales... llegue hoy hasta ti el eco de tu cantar grave»²⁴. En el cuento titulado *El rey del Kafiristán*, prodigiosa aventura de dos ex soldados pícaros y heroicos, Dravot le dice a Peachey: «no quiero fundar una nación... Quiero fundar un imperio». Sin duda, ese era el afán desmesurado de Xènius. Aunque el soñador nunca viese realizado su sueño.

Desde luego, había motivos para extrañarse. Proponer a un movimiento político como el catalanismo, dividido entre sí, cuya hegemonía era disputada por el republicanismo llerrouxista, que hasta 1913 no logrará la concesión de la Mancomunidad, un órgano de gobierno puramente administrativo; proponer a este movimiento metas tan hiperbólicas como el imperio, por muy estimulantes que fueran para la acción colectiva, no era cosa sencilla de aceptar. La izquierda catalanista siempre dio prioridad al afianzamiento del nacionalismo, *Catalunya endins*, en lugar de *Catalunya enfora*. La polémica resucitaba siempre en el momento de las frecuentes escisiones del nacionalismo catalán. El doctor Martí i Juliá llamaba a la cosa imperial «convicción manicomial», una desviación social y humana. Y otro tanto pensaba algún llerrouxista barcelonés como Marsillach, al achacarlo todo a la «neurastenia» orsiana: «cuantas cabezas trastorna, Jesús, la patriotería»²⁵. Lo cierto es que, pese a las ironías, las fórmulas imperiales pasaron a formar parte del credo ortodoxo del nacionalismo catalán. En *La nacionalitat catalana*, publicada en 1906, Prat de la Riba dedicó el capítulo IX a *l'imperialisme*. Prat describía la formación de la nación catalana como un río que engrosaba con afluentes sucesivos: renacimiento económico, literario y artístico; federalismo y catolicismo regionalista y nacionalismo. El imperio, por fin, era su fase más elevada, no su negación.

Se ha afirmado que Prat de la Riba pretendió despojar a la consigna imperial de su posible carácter revisionista. Más parece haberla acogido como valioso complemento o auxiliar de su doctrina. Hacia dentro, la construcción de la nación, la instituciona-

²³ Medidas raciales, OCC, págs. 1109-1112 (1909); «metecos», *Id.*, pág. 1206 (1909); la lengua, en «El renovamiento de la tradición intelectual catalana», *La Catalunya*, 7 y 14 de enero de 1911.

²⁴ «A Rudyard Kipling», *La Catalunya*, 21 de diciembre de 1907.

²⁵ D. Martí i Juliá, *Per Catalunya i altres textos*, Barcelona, ed. Jaume Colomer, 1984, págs. 140-42. El maleta indulgencias (A. Marsillach), *Catalanistas en adobo*, Barcelona, 1903, págs. 55-58.

lización política y cultural de Cataluña, la obra propiamente nacionalista. Hacia fuera, el proyecto imperial, la extensión del modelo catalán a toda España; la *Solidaritat catalana* como núcleo de la *Solidaritat ibérica*, o bien el imperio peninsular como primer esbozo de *l'Espanya gran*²⁶. Así lo entendió, desde luego, el grueso del catalanismo conservador.

El tema imperial, bajo el denominador común de período expansivo de las razas fuertes (Cataluña) sobre las débiles (España) tenía matices distintos. El significado preciso de un mito político es difícil de aquilatar. En Prat de la Riba suele denotar la unión de todos los pueblos ibéricos, desde Lisboa hasta el Ródano, teniendo a la *greater Catalonia* como centro. Cambó sigue la ortodoxia prattiana, graduándola según las ocasiones. A veces, el mito se presentaba con lenguaje regeneracionista. La misión de Cataluña era insuflar un «alma» enérgica a una España moribunda. El catalanismo era la fórmula de redención. La naturaleza y la historia habían hecho distintos a los pueblos hispanos. El Estado, con su artificioso centralismo, ocultaba esta realidad. Debían existir tantos movimientos nacionalistas como pueblos. De aquí resultaría, según Cambó, un florecimiento de energías. Cada pueblo por sí, unido en una solidaridad gallega o castellana o vasca, sin perturbadoras divisiones partidistas, al margen de problemas «de importación» como el clericalismo o el militarismo. Cambó podía sorprender a sus auditorios madrileños, mezclando la autonomía catalana con la misión imperial de España en América y entre los judíos sefardíes; llegado el caso, se arrojaba a inventar un españolismo irredento, tomando a Portugal, el Rosellón y Gibraltar por objetivos de una auténtica «Iberia imperial». Ahora bien, si los oyentes eran catalanes, la cosa variaba. Entonces el nacionalismo «biológico», justificado como conflicto de «razas» y «culturas», pasaba a primer plano. La proyección hacia Iberia servía para buscar apoyos, condición para lograr el triunfo en Cataluña²⁷. Bolívar de Cataluña y Bismarck de España, llamó Alcalá Zamora a Cambó en 1919. El catalanismo tenía una original medicina para superar el llamado problema español: matar al enfermo, pero regalándole

²⁶ Manifiesto de la *Espanya gran* en *La Veu*, 18 de marzo de 1916. «Greater Catalonia», en Olivar Bertrand, *cít.* pág. 202. D'Ors dijo a Olivar que «en Prat portava molt endins aqueixa idea».

²⁷ Vocabulario regeneracionista, «En Cambó a Saragossa», *La Veu*, 21 Barcelona, diciembre Barcelona, 1911, y en las conferencias recogidas en *El pesimismo español*, Madrid, 1917. Para los «problemas de importación», «Manifest de la Lliga Regionalista als ciutadans de Barcelona», *La Veu*, 4 de mayo de 1910, y «En Cambó a Sant Feliú de Guixols», *id.*, 12 de julio de 1910. Lo de la biología, por ejemplo, en «L'intervenció d'en Cambó», *id.*, 23 de junio de 1914. Misión imperialista de España, en la Conferencia de la Asociación de la Prensa de Madrid, *id.*, 1 de junio de 1912.

los oídos. Bismarck, o sea, la ilusoria grandeza, era una magra compensación para una España regida por un grupo de Bolívares nacionalistas.

Los discursos y propagandas nacionalistas usaron a porfía la retórica del imperio. Barcelona metrópoli, instrumento de hegemonía espiritual, réplica de Prusia, capital efectiva de la nueva Iberia. Los que menos, llamaban a una invasión catalana —del «espíritu», de sus hombres— de España. O invadir o ser invadidos. Los más ambiciosos, como los jóvenes discípulos orsianos, consideraban aquello de la *Espanya gran* como un entrenamiento colectivo, preparación remota de un imperio incalculable. *Catalunya capdevantera*, a imagen del imperio británico. Un clérigo catalanista argumentó sobre el «imperialismo de la sangre de Cristo»: el «estratega» de la milicia celestial que, desde el «golpe decisivo» de la cruz, «interviene» como un ejército en la historia de la humanidad, hasta que las «legiones» poderosas de los elegidos hacían su entrada triunfal. Imperial era la religión, imperial el arte, imperial la literatura catalana²⁸. Eugeni d'Ors aconsejaba a los suyos el ser imperiales hasta en la manera de rascarse. Hay motivos para pensar que algunos se lo tomaron al pie de la letra.

Los mitos orsianos explicaban la diferencia insondable entre Cataluña y España. El dualismo maurrasiano venía aquí como de molde. El mal, es decir, el casticismo, el romanticismo, el desajuste incurable de los españoles, eran mostrados con símbolos ucrónicos: eterna lucha de Indíbil y Mandonio contra Roma; eterno motín de las capas y los sombreros —el motín de Esquilache—. Barbarie del vulgo español: manolos y chisperos, con la navaja pronta, o emigrantes de raza turbia, refractarios a la civilización; unos símbolos de rebeldía castiza que, para *Xènius*, representaban los escritores de la generación del 98. El casticismo hispano, a continuación, venía significado por imágenes plásticas de inmediata comprensión: la maja de Goya, la boda del torero Machaquito, las cubiertas rojas y amarillas de los *Episodios nacionales*, la cocinera gallega de Montero Ríos, los cuadros anecdóticos, inferiores, de Zuloaga, de Romero de Torres, de Regoyos y de toda la «siniestra» tradición española. Un conjunto que trata de apostillar la intención denigratoria: que España era una anomalía permanente, pintoresca, africana, incapaz de toda disciplina que no fuera la del garrote militar.

²⁸ Ferrán Agulló i Vidal, «L'invasió catalana», *La Veu*, 20 y 31 de enero de 1910. R. Rucabado, «De la metrópoli intelectual I», *id.*, 24 de septiembre de 1908. J. Bofill i Mates, «El catalanisme» y «La nostra cultura», *id.*, 17 de febrero de 1910, 2 de junio de 1914; Félix de C. Casella, «L'imperialisme de la sanch de Christ», *id.*, 3 de abril de 1912.

Ni que decir tiene que a estos cuadros e imágenes de la excentricidad completa, se oponen otros que representan a Cataluña como lo absolutamente concéntrico; constante fiebre de utopía, ciudadanía, normalidad civil, modernidad, europeísmo, clasicismo y pureza racial. A pesar de algún reparo a Gobineau, a su muy leído *Essai sur l'inegalité des races humaines*, el glosador dará abundantes muestras de creer que la civilización superior de los catalanes es efecto de la raza. El catalanismo consiste, en reconocer la *divinitat* de la raza propia, en *ésser un home de sa propia raça*. Los catalanes, como parte del *homo mediterrani*, tienen una disposición ancestral a la belleza y a la filosofía; son arios, inclinados a los valores abstractos —la Justicia—, contra las inclinaciones de los semitas españoles a los impulsos del sentimiento —la Gracia—²⁹. Para ilustrar el mito de la Cataluña clásica, imperial, *racé*, frente a la España anecdótica, pintoresca y degenerada, d'Ors escribió por entregas, en el verano de 1911, uno de sus libros más conocidos: *La ben plantada*. La heroína encarna toda la perfección física y moral de la tierra. Su cuerpo es grande, alto, rotundo; semejante, dice, a la Venus de Milo. Blanca es la piel, pura la raza, con unas gotas de sangre americana. El espíritu es todo serenidad, dulzura, equilibrio, moderación. Su presencia majestuosa tiene la virtud de aquietar las discordias. En torno a ella se agitan los furiosos iberos, el africano violento (alusión a los causantes de la Semana Trágica). D'Ors quería hacer con *La ben plantada* una *filosofía de la catalanitat*. Su modelo fue *Le jardin de Berenice*, de Maurice Barrès, aunque el catalán se permitió introducir algunas variantes, como la de trocar el otoño medieval francés de tierra adentro por el verano clasicista catalán y mediterráneo³⁰. Con todo, la obrita es una apelación al patriotismo barresiano de la tierra y de los muertos, de la «sangre ancestral», de la «savia noble de los muertos».

Los ideólogos del catalanismo habían construido la identidad propia —carácter o tradición política e intelectual— como lo opuesto al de Castilla. El libro pionero de Valentín Almirall, *Lo ca-*

²⁹ La raza, en OCC, págs. 767 (1908) y 951 (1909). «Gobineau», *La Veü*, 15 de julio de 1913. La hostilidad a los judíos suele personificarla en Hermann Cohen, *rebenxinadíssim jueu*, y sus discípulos de Marburgo: «ese judío de Cohen, incestuoso por alianza con la familia de los Cassirer», *La Veü*, 16 de diciembre de 1911; carta a Unamuno, febrero de 1912, en V. Cacho Viu, *Revisión de Eugenio d'Ors (1902-1930)*, Madrid, 1997. Cohen era el maestro de Ortega, lo cual parece indicar que la filosofía del madrileño estaba tocada de semitismo, mientras que la suya es aria. Muchas figuras intelectuales castellanas —Cossío, Unamuno— aparecerán descritas a través de estereotipos antisemitas.

³⁰ Cristina Duplaa Fernández, *La ben plantada o la constitución mítica de la nacionalidad catalana*, Ann Arbor, Michigan, 1987.

talanisme (1886) se abre con dos capítulos dedicados a esta sistemática contraposición: «nosaltres los catalans, que som lo revers de la medalla». También para el obispo Torras y Bages unos y otros eran como el agua y el fuego. *La ben plantada* se llama Teresa, como la enamorada de Ausias March; una manera de subrayar la pertenencia a esta tradición patriótica. Teresa es nombre castellano. Pronunciado a la manera de los catalanes tenía sabor dulce, caliente, sustancioso; estaba lleno de gracia. Atributos de la virgen madre, como la patria catalana. Pronunciado a la manera española, concluye *Xènius*, resultaba adusto, bilioso, encendido, como la mística de Avila.

El conjunto de mitos asociados al imperio, sirvieron a d'Ors y al nacionalismo catalán para estimular el narcisismo colectivo. Ser nada menos que un pueblo héroe, civil, universal, llamado a gloriosos destinos. El mito podía transfigurar las positivas, aunque modestas realizaciones del nacionalismo catalán, dándoles un carácter que no tenían. El *Institut d'Estudis*, al poco de fundarse, era influyente en la ciencia mundial. Los artistas, pensadores y escritores catalanes triunfaban en Europa. La sardana conquistaba París. En Munich se daban clases teórico prácticas para el manejo del porrón, heredero glorioso del *rithon* helénico, ejemplo de elegancia y limpieza en el beber. La elección fallida de Pams contra Poincaré, en 1913, demostraba la importancia de lo catalán en Francia³¹. Había, sin duda, ignorantes que se obstinaban en negar las evidencias del milagroso renacimiento catalán. D'Ors leía en el *Times* que la sardana era «a kind of provençal farandola». Alguien le comentó el dicho de un inglés: «Barcelona... ¿eso cae en América?» En París asistió al estreno de «La catalana», una ópera con libreto inspirado en la *Terra baixa*, de Angel Guimerá; pero ¡qué escenografía!; el «indecoroso» espectáculo le llenó de angustia: los campesinos catalanes bailaban el fandango, mientras el coro rompía en formidables ¡olés!

EL REY DEL KAFIRISTÁN

La diaria labor de *Xènius* en *La Veu* le granjeó el favor entre los dirigentes y público del nacionalismo. Sus iniciativas, como la constitución de una galería dedicada a las catalanas hermosas, empezaron siendo coreadas por todos los matices del catala-

³¹ Lo del porrón, OCC, pág. 1479 (1910). El «Institut», en «Pol»: «Al dia. Optimismes», *La Veu*, 20 de mayo de 1911. «Expansió catalana», editorial sin firma, *id.*, 17 de enero de 1913. D'Ors escribió a Joan Maragall: «de vegades arribo a pensar si el catalanisme no ha estat més que un acte de pedanteria colectiva», cit. en Cacho Viu, carta de 1 de junio de 1909.

nismo, lo mismo por Joan Maragall que por Pere Coromines. Los mitos imperiales y clásicos, con su vocabulario peculiar, corrían con mucha aceptación. Prat de la Riba le ofreció, en 1907, editar su tesis doctoral en una colección popular, pero tuvo reparos; para entonces había perdido carácter de novedad, troceada como estaba en multitud de glosas imperiales. El interesado proclamó en su momento el espaldarazo recibido por *La nacionalitat catalana*; y lo hizo al modo de las antiguas órdenes militares, como un cruzado de la causa, poco clásico por cierto: «espasa de cavaller ens ha armat cavaller... Mestre: perquè la doctrina vostra ès també la nostra doctrina, li jurem fidelitat a la doctrina vostra». También se cuidó de airear los estímulos que recibía de un «fort noucentista armat», o sea, del mismo Cambó: «teniu raó...el patriotisme territorial ès el patriotisme dels febles»³². A Eugenio d'Ors se asistían motivos para afirmar que, en Cataluña, si no todos se habían convertido en imperialistas, estaban en camino de serlo.

A veces hubo, qué duda cabe, faltas de entendimiento. Prat, por sí o a través de Casellas, el redactor jefe, le censuraba las glosas que menospreciaban algunos de sus autores más queridos. Según se deduce de su correspondencia con Casellas, *Xènius* andaba corto de dinero y el periódico pagaba poco³³. En una ocasión, Prat apostilló de su mano otra glosa: imperialista, vino a decir, ya lo era *La Veu* desde el mensaje a los boers (¿?). Prat trataba de afirmar la continuidad ideal entre los jóvenes nacionalistas, como d'Ors, y su propia generación; para ello se apropió —una vez más— del vocabulario orsiano sobre la «santa continuació: la nostra obra continua substancialmente en la vostra obra... pels ideals de generós imperi que a Catalunya comensen a descloures. ¿Hacia falta más?»³⁴

Al retornar a Barcelona de su estada en París, el ascenso de *Xènius* resultó imparable. La ampliación del *Institut d'Estudis* con las secciones de historia y ciencias, además de la filología, en 1911, se hizo por sugerencia suya, siguiendo el modelo del *Institut de France*. Para él se reservaron los cargos de secretario general y miembro de la sección de ciencias. En 1914 pasa a formar parte del patronato del Museo Social, y del Consejo de Pedagogía al año siguiente, teniendo a su cargo el departamento de enseñanza superior, academias y bibliotecas. En 1917 vendrá su designación

³² Juramento a Prat, OCC, pág. 184 (1906); nombramiento de Cambó como noucentista, OCC, págs. 277-78 (1906) y 569 (1907).

³³ Correspondencia con Casellas, en Jordi Castellanos, «Noucentisme i censura»; *Els Marges*, 22-23, 1981.

³⁴ Nota de *La Veu* y respuesta orsiana, en OCC, págs. 1098-99 (1909); Prat de la Riba, «Epilech. La santa continuació», *La Veu*, 13 de enero de 1911.

como director de Instrucción Pública de la Mancomunidad. Las tareas y responsabilidades se acumulan. Director de la revista *Quaderns d'Estudi* y de la colección *Minerva —collecció popular dels coneixements indispensables—*; director de la Escuela de Bibliotecarias y organizador de la red de bibliotecas populares; planifica una Escuela de Altos Estudios y de Intercambio, donde profesores extranjeros impartirán cursos monográficos. Y todo, sin abandonar la diaria colaboración en *La Veu de Catalunya*, ni sus lecciones en el Seminario de Filosofía. *Xènius* devolvía con su asombrosa capacidad de trabajo la amplia confianza que Prat había depositado en él. Fuera de las obligaciones institucionales, las iniciativas sociales del catalanismo cuentan con su presencia y apoyo propagandístico, ya fuera la *Lliga del bon mot*, dirigida desde 1908 por Yvon l'Escop, ya el *Institut de gimnàsia rítmica*, iniciativa lanzada en 1913 por Joan Llongueras. D'Ors era un hombre ubicuo. «Ell ho era tot», dice Alexandre Galí: ministro, consejero, director de servicios burocráticos, proyectista, ejecutor³⁵. El intelectual más considerado del catalanismo. Si exceptuamos a las figuras señeras, como Prat o Puig i Cadafalch, ninguna otra había concentrado tanta influencia personal en la política cultural del nacionalismo.

El influjo orsiano se amplió todavía más por obra de sus fervorosos discípulos. Josep M^a López-Picó, secretario de la Sociedad barcelonesa de Amigos del País, adscrito en 1914 a la secretaría de Prat. Eladi Homs, que trabajaba en el Consejo de Pedagogía. Jaume Bofill i Mates, poeta que firmaba como *Guerau de Liost*, era miembro activo de la *Juventut Nacionalista* y llegó a concejal del Ayuntamiento de Barcelona. Joaquim Folch i Torres, bibliotecario, profesor de la escuela de *Bells Oficis* y director en 1920 de los museos de Cataluña. El mallorquín Joan Estelrich, que iniciará en la Barcelona de 1918 una larga trayectoria como director de publicaciones y empresas culturales catalanistas. Este grupo de literatos doblados en burócratas —podríamos ampliar la nómina con Joaquim Folguera, Carles Riba y tantos otros— colaboraban habitualmente en *La Veu* en asuntos de su especialidad: crítica literaria, arte, pedagogía, crónica política. Folch i Torres tenía a su cargo la página semanal artística desde la muerte de Ramón Casellas; desde ahí, difundió el ideario clasicista del novecentismo, expresamente colocado bajo el magisterio de *Xènius*. Bofill solía hacer el panegírico de la *Escola de la Lliga*. El grupo dominará publicaciones como *La Catalunya*, desde 1907, luego seguida por *La Revista*, inaugurada en 1917.

³⁵ A. Galí, *Historia de les institucions i del moviment cultural a Catalunya, 1900-1936*, XV, Barcelona, 1985.

Entre los artistas también fueron notables las influencias orsianas. Joaquín Torres—García tenía a *La ben plantada* como guía. Su cuadro «La musa de la filosofía conducida al templo de Pallas» era un ejemplo de las doctrinas del maestro, que lo elevó a la categoría de «pintor nacional». Su obra, inspirada de cerca por la del francés Puvis de Chavannes, quería ser lo opuesto de la pintura española: colores apagados frente a colores fuertes, figuras hieráticas frente a figuras en movimiento, idealismo catalán frente a realismo «hispano—chulesco»³⁶. «La musa de la filosofía...» fue adquirida por el *Institut d'Estudis*. Torres-García fue llamado por Prat para decorar el *saló Sant Jordi* del palacio de la Generalidad con frescos sobre «la Cataluña eterna». Las esculturas de Josep Clará, como *La deesa*, eran la «fórmula viva de las doctrinas del Glosador». Clará terminó en 1910 el busto del maestro, presentándolo como un Sócrates o Platón modernos. Josep Llimona esculpía para la Biblioteca de Cataluña un grupo de factura clasicista, olvidando el modernismo colifloresco del grupo dedicado al doctor Robert. Folch i Torres otorgó a Llimona el título de «escultor nacional». Joan Llimona pintaba paisajes estructurales, de un «nacionalismo perfecto». Decía seguir la norma, la proporción del arte griego³⁷. *Xènius* había dicho que novecentista y estructural eran sinónimos, que la estética arbitraria era composición, armonía, fidelidad a la norma, mitología. Y el arte del novecientos catalán se pobló de túnicas, peplos, columnas y frontones griegos y desnudos que se decían cívicos. Los mitos treparon por las paredes de los edificios oficiales y residencias particulares, descendieron a las plazas públicas, como demostración de la estabilidad y perfección de Cataluña.

PRESAGIOS

La rueda de la fortuna giró para Eugenio d'Ors en los años de la Gran Guerra. A comienzos de 1914 sufrió un primer revés —pasajero—, al fracasar en las oposiciones a una cátedra de psicología. Esta circunstancia, sin embargo, fue aprovechada para ampliar sus relaciones con los intelectuales de Madrid. Hasta

³⁶ «A la porta de l'exposició Torres-García», *La Veu*, 19 de enero de 1912. J. Torres-García, *Escrips sobre art*, a cargo de Francesc Fontbona, Barcelona, 1980.

³⁷ J. Folch i Torres, «Els dibuixos den Joseph Clará», *La Veu*, 2 de enero de 1913; *id.*, «Grup escultòric den Joseph Llimona pera la Biblioteca de Catalunya», *id.*, 14 de noviembre de 1912. Francesc Fontbona, «Els arts plàstiques del noucentisme», *Historia de la cultura catalana. El noucentisme (1906-1918)*, Barcelona, 1996. J. Folch i Torres, «En Joan Llimona i la seva exposició a Can Parés», y J. Llimona, «Orientacions», *La Veu*, 10 de abril de 1913.

entonces, sus interlocutores se habían limitado al círculo de la Institución Libre de Enseñanza, obligadas para todo catalanista de visita en la Corte, y a tal o cual escritor como Díez Canedo o Martínez Sierra, honrados con el nombramiento de novecentistas. Con Unamuno también sostenía una correspondencia anterior. De todos ellos esperaba d'Ors un eco favorable de su labor literaria. Intelectuales como Maeztu, como Baroja, como el propio Giner de los Ríos, eran ensalzados o rebajados según fuera su actitud ante el nacionalismo catalán. A partir de 1914 se observa un cambio de actitud. De Azorín elogiará la prosa, su labor desamortizadora de los clásicos. A Baroja, luego de haberle satirizado cruelmente —y de llegar casi a las manos— le llamará su amigo. Y Ortega será elegido como interlocutor principal, como «patrón» que podía facilitar su ingreso en el mercado literario en lengua castellana. Ortega había presentado en el Ateneo de Madrid, como acto de desagravio, su conferencia *Religio est libertas*. También habló ante el público de la Residencia de Estudiantes, *De la amistad y del diálogo*. En 1915, Ortega le facilitó una colaboración en la revista *España*. La actitud orsiana ante Ortega empezó siendo la de un sumiso cliente: «mi capitán... siempre a la orden», un tantico empalagosa: «nuestra amistad me parece un hecho divino... uno de los acontecimientos más importantes de mi vida»³⁸. En realidad, *Xènius* iniciaba un juego doble. Ante los lectores de *La Veu* se presentó como víctima del centralismo académico, como si su persona hubiera sido víctima de un ataque dirigido a la cultura catalana, «un crim de lesa patria»³⁹. En tanto que ante sus interlocutores de allende el Ebro, se ofrecía como víctima de la cerrazón nacionalista, como moderador de sus excesos.: «les reprocho las mismas cosas que usted, y muchas más», dice a su «capitán». El reproche, sin embargo, no aparecía por ningún lado. *El Glosari*, entre 1914 y 1919, siguió cultivando las imágenes antitéticas de Cataluña (pueblo de la representación, apolíneo, armónico, ágil de colores y formas) y de España, o, con más frecuencia Iberia (pueblo de la voluntad, dionisiaco, incivil, perezoso, trágico). Lo español, lo ibérico, siempre se dibuja con trazo grueso, caricaturesco: la sirvienta que vacía un orinal en plena calle, gente que bosteza y que fuma, imágenes racistas que dan fe del «fondo semita» de unos hombres de sospechoso color, la *morenor groga*⁴⁰. Ortega, ascendido pomposamente a oficial novecentista, juraba bandera

³⁸ Cartas de 2 de febrero y 6 de marzo de 1915, *ibid.*

³⁹ «Kulturkamp. A Eugeni d'Ors», «Als companys de causa», *La Veu*, 24 y 28 de febrero de 1914, sin firma, pero que llevan el sello orsiano.

⁴⁰ *Lletres a Tina*, 3 y 10 de diciembre de 1914, Barcelona, 1993. «L'home que badalla i que fuma», *Glosari*, 1916, Barcelona, 1992.

en Buenos Aires, pero degradado a soldado raso. Cossío, a pesar de su saber, se parece a un «predicador ardiente»; profeta, como Unamuno, manchado implícitamente con alguna tara semítica. D'Ors había dado sobradas pruebas de dominar la lengua castellana (por cierto, su lengua materna, y la que se hablaba en casa de los Rubió, sus parientes), de estar deseoso de cultivarla en las publicaciones de Madrid. A sus lectores de *La Veu* les dirá, en cambio, que él no vendía su alma catalana al diablo de una lengua extranjera⁴¹.

El estallido de la Gran Guerra no fue propicio para d'Ors. Su actitud fue un poco desconcertante. En apariencia se asemeja a la de Péguy o a la de Bertrand Russell. Voces que claman en vano por los valores comunes y por la paz, en medio del delirio patriótico y sangriento del conflicto. Entre unos y otros, *au dessus de la mêlée*. En diciembre de 1914, d'Ors fundará con un grupo de fieles un Comité de Amigos para la Unidad Moral de Europa. Lo extraño es que, de un lado, elogia las virtudes purificadoras de la guerra en general: el ascetismo, el patriotismo unánime, etc.; de otro, condena la guerra en concreto por ser una lucha civil entre europeos. *Xènius* no es un pacifista. Tan sólo distingue las guerras buenas, las de expansión imperial, de las malas guerras que consumen las energías y los hombres de Alemania y de Francia (en muy segundo plano coloca a Gran Bretaña). La guerra real impedía, pues, el sueño imperial orsiano, el reinado mediterráneo de la *Ben plantada*, la reconstrucción del imperio de Carlomagno «entre Colonia y el Ebro». Era inevitable tener el corazón dividido entre las virtudes y los vicios estereotipados de Francia: razón, orden, claridad universales, pero anarquía individualista; y las virtudes y vicios correspondientes a Alemania: autoritarismo del Estado, obediencia social, pero germanismo particularista y especialización sin alma. La guerra, el ejemplo de la movilización total, parece precipitar la síntesis entre pureza moral, sin egoísmo mercantil y burgués y férrea disciplina: socialismo y vida sencilla; una reedición del mito de Esparta a escala europea⁴². Pasado el primer ardor, el que le llevó a escribir las *Lletres a Tina*, d'Ors dejó en un segundo plano el tema de la guerra.

La postura orsiana, neutralista y guerrera a la vez, era muy semejante a la adoptada por los dirigentes de la *Lliga*. Hubo una primera vacilación, en la que Cambó cometió la *gaffe* de aprobar la

⁴¹ «Ortega y Gasset, noucentista», *La Veu*, 4 de mayo de 1917. «El curs den Cossío», id., 6 de junio de 1914. «Diàlegs de forasters» (2 de noviembre); *Glosari*, 1915, Barcelona, 1990.

⁴² *Lletres a Tina*, 24 de octubre de 1914, cit., «Esparta» (20 de noviembre), *Glosari*, 1915, ob. cit.

violación de las fronteras de Bélgica. Hasta el Marne, los ejércitos alemanes parecían incontenibles. Prat de la Riba había manifestado de tiempo atrás simpatías por Alemania, emparedada entre Rusia y Francia. Cambó era hombre de realidades; luego no era de extrañar el tropezón germanófilo. Más tarde, la *Lliga* se contrajo a una actitud de neutralidad, aunque dirigentes como Duran i Ventosa o Verdaguer i Callís siguieron estremeciéndose ante lo «sublime» del espectáculo, la «onada immensa de purificadora exaltació espiritual»⁴³. *La Veu de Catalunya*, lo mismo que su glosador, fueron otorgando cada vez menos espacio a las noticias y comentarios sobre el conflicto. Esforzábanse en distinguir su neutralidad —activa, idealista— de la neutralidad de los españoles —pasiva, pesimista—. Sólo después del mensaje de Wilson, a principios de 1917, el catalanismo conservador asoció su causa, que era la de las pequeñas nacionalidades, al triunfo de los aliados.

No desentonan, pues, las ideas de d'Ors con las del partido al que sirve. Pero sí se alejan de las posturas cerradamente francófilas del grueso de los intelectuales del nacionalismo catalán. La aliafilia, o mejor francofilia, se agrupó en torno a la revista *Iberia*, que era hasta en el título una réplica de *España*, la revista de Madrid. Su amor apasionado por la causa francesa era estridente, agresivo, bien ilustrado por los dibujos de *Apa*: alemanes asesinando a niños, copones fusilados, etc. El nacionalismo se coloca en *Iberia* el uniforme de *poilu*, combatiendo a través de Francia por la libertad de Cataluña. El primer número de la revista se adornó con una portada de *Apa* que era todo un manifiesto contra el neutralismo orsiano: un soldado alemán comiendo carne humana, mientras que un ángel le presenta un pergamino con la leyenda *Lliga dels Amics Unitat Moral d'Europa*. Alguno de sus redactores arremetieron contra el «caballero de la triste actitud», que había erigido «el retablillo de la unidad moral de Europa»; para concluir con las «flaquezas germanófilas» del *Pantarca* y su consiguiente «traición» a Francia⁴⁴.

Otro revés para el *Pantarca*, aunque no de efectos inmediatos, fue la muerte de Prat de la Riba, en agosto de 1917. Puig i Cadafalch, sucesor suyo al frente de la Mancomunidad, era un hombre bien distinto. Nacionalista dogmático, apegado a los orígenes del movimiento, esquinado, de temperamento poco diplomático; «era un dels homes més malcarats i agressius del món»⁴⁵. La relación

⁴³ F. Cambó, «Espanya davant la guerra europea», *La Veu*, 20 y 25 de agosto. Duran i Ventosa, «El gran conflicte», *id.*, 24 de agosto. Verdaguer i Callís, «El nostre dever patriòtic», *id.*, 27 de agosto de 1914.

⁴⁴ M. A. (Mario Aguilar), «Nuestra guerra. Un pequeño anuncio», «Contraprotesta»; *Iberia*, 10 y 26 de julio de 1915.

⁴⁵ Gaziel, *Tots els camins duen a Roma*, Obra catalana completa, Barcelona, 1970.

entre políticos e intelectuales se hizo difícil. Puig trataba a poetas y literatos como burócratas corrientes, haciéndoles cumplir un horario estricto por un sueldo corto. Arquitecto enamorado de las antigüedades, autor de un libro sobre *La arquitectura románica en Cataluña*, dejó clara una concepción historicista en su obra profesional. En realidad, nunca había simpatizado con las novedades estéticas del novecientos. Una de las primeras que hizo como *President* fue impedir que Torres—García siguiera pintando el salón de *Sant Jordi* de la Generalidad.

Por lo general, la historiografía catalanista ha valorado el declive de *Xènius* como una consecuencia necesaria de sus ideas; como si la síntesis entre nacionalismo autoritario y sindicalismo soreliano, hubiera sido incompatible a plazo cierto con la política parlamentaria de la *Lliga*. La desaparición de Prat le habría privado del único apoyo capaz de sostenerle. Resulta extraño, si damos por buena esta versión, que d'Ors haya podido mantener durante quince años —¡quince años!— su diaria colaboración en *La Veu*; o que su imparable ascenso en la sociedad barcelonesa se debiera tan sólo a la benevolencia de los dirigentes nacionalistas. Vistas las cosas de otra manera, la incompatibilidad no resulta tan grande. La traducción de Maurras al catalán fue muy creativa. Ahí reside el mérito principal de un d'Ors con pretensiones de originalidad, siempre reacio a citar sus fuentes. La monarquía no podía servir de banderín de enganche en Cataluña, al menos con la misma intensidad que en Francia. Había que salvar el accidentalismo de la *Lliga* en lo tocante a las formas de gobierno. La aversión de *L'Action Française* al parlamento también se enfrió un tanto. Bastaba con denunciar las insuficiencias del sufragio universal inorgánico —«anacrónico» y «ochocentista» lo llamó Ventosa—, o los defectos de la política «egoísta» de los partidos políticos. La *Lliga* nunca abandonó la ambigüedad entre su táctica parlamentaria, refrendada por el éxito, y su doctrina corporativa, que prefería reservar las decisiones políticas a una aristocracia de técnicos⁴⁶. Reservas ante el sufragio universal que se hacían más estridentes en los momentos de dominio lerrouxista sobre el Ayuntamiento de Barcelona. Las propuestas políticas de *Xènius* se inclinaban a otorgar mayor peso a las representaciones gremiales; una cosa en la que podían acordarse Cambó y Antonio Maura. La exaltación de la Solidaridad como movimiento unánime, algo así como el advenimiento del Espíritu Santo —«est in nobis»—; la vi-

⁴⁶ «Democracia», «Bizantinismes», *La Veu*, 11 de octubre y 23 de diciembre de 1912. «La escola de la Lliga. Conferencia den Lluís Duran i Ventosa», id., 27 de enero de 1911, entre otros muchos ejemplos.

sión del espíritu soplando a través de los individuos como si fueran tubos de órgano, entonando un *Te Deum* a Cataluña, era expresión de un anhelo común a los nacionalistas⁴⁷. *Xènius* manufacturó el antiliberalismo maurrasiano para consumo interno del catalanismo conservador. Las únicas discrepancias con Prat de la Riba le vinieron de su rechazo del positivismo francés —el de Comte, Taine o Maurras—; consecuencia de su ferviente pragmatismo, no de sus críticas al sufragio llamado inorgánico.

Por otro lado, los elogios orsianos del sindicalismo francés, o de escritores italianos como Prezzolini, no tenían ninguna consecuencia práctica. Decía que la CGT era ejemplo de acción interventora, dirigida a la revolución, y la ponía en paralelo a la Solidaridad Catalana, que también «intervenía» de manera revolucionaria: «las leyes no son únicamente nomas; son también armas». Una apología edulcorada de la violencia —legal—, de la que nacía lo mismo una revolución proletaria que una revolución nacionalista —también legal—⁴⁸. *Xènius* bautizó el sindicalismo como ideal novecentista. Pero una cosa era afirmar el mito de la renovación total, y otra muy distinta justificar la violencia de los sindicalistas catalanes. Durante la huelga ferroviaria de 1912, los elogiados fueron los esquirols que conducían las locomotoras. Entonces describió a uno de ellos, antiguo discípulo suyo, ingeniero de profesión —como Sorel, como Octavio de Romeu—; una especie de héroe, dechado de civilidad, redentor de los pecados de la burguesía empírica. Según decía, el obrero catalán vivía desentendido de la «ciudadanía», es decir, del nacionalismo. La huelga del arte fabril, en agosto de 1913, le llevó a la conclusión de que no había sindicalistas, entendidos como hombres castos, puros, fuertes, ni burgueses, o mejor, «nobleza burguesa». Lo que quiere decir que no los había según el criterio del mito soreliano: la violencia proletaria devolviendo a los patronos a su papel de capitanes de empresa. Al coexistir la imagen de una perfecta sociedad de productores heroicos, obreros y patronos, con un ansia purificadora y de liquidación social, Sorel servía tanto para un roto como para un descosido. Así, lo que ofrecía aquel *agost desolat* al glosador era un paisaje de agitadores venales, anárquicos e impuros, juntamente con una caterva de burgueses utilitarios, cobardes, menospreciadores de la teoría⁴⁹. Del sindicalismo orsiano tampoco puede deducirse su difícil acomodo

⁴⁷ OCC, págs. 146-49 (1906). Norbert Bilbeny, *Eugeni d'Ors i la ideologia del noucentisme*, Barcelona, 1988, cap. 3.

⁴⁸ OCC, págs. 469-70 (1907).

⁴⁹ «Clenxes despentinades», *La Veu*, 8 de octubre de 1912. «Les idees i els aconteixements», *id.*, 8 y 9 de agosto de 1913.

con el catalanismo oficial. Los motivos de su caída deben encontrarse en otro lugar. Quede para otra ocasión el desentrañarlos.

LAS DOS PROCESIONES

Eugenio d'Ors debió trasladarse a Madrid a finales de 1922. Ante sus colegas se presentó exagerando la imagen de perseguido, de hombre hostigado por el catalanismo al ponerse de parte de los débiles y los oprimidos. A Azorín le dijo que figuraba en una lista negra de los pistoleros del Sindicato Libre. Pronto encuentra un aceptable acomodo en el periodismo madrileño. En julio inicia su colaboración en el semanario *Nuevo Mundo* titulada «Palique», el mismo que había empleado Clarín. Desde mayo del 23, el «Glosario» se establece en *ABC*. También frecuentará las páginas de *Blanco y Negro*. La sociedad intelectual madrileña le incluye inmediatamente entre los suyos. Desde noviembre de 1922 participa en los banquetes mensuales del PEN Club. En el verano del 24, figura en el homenaje a Barrès celebrado en Toledo, junto a Marañón, Pérez de Ayala y Zuloaga. Luis Bello solicita desde *El Sol* que se le nombre académico, pues «va equilibrando su maestría en lengua castellana con la lograda antes en su lengua nativa»⁵⁰. No estaba nada mal, llevando tan sólo un par de años en la Corte.

El *ABC* permitía cierta libertad a sus colaboradores estables, siempre que respetasen el carácter monárquico y conservador del diario. Torcuato Luca de Tena se decía equidistante del «fanatismo rojo» y del «fanatismo negro»⁵¹. Claro está que, en la práctica, el «baluarte del orden» resultaba mucho más negro que rojo. Rafael Sánchez Mazas, corresponsal en Italia (y escritor notable), o Alvaro Alcalá Galiano, por distintos motivos, figuraron entre los primeros periodistas españoles en fijar su atención admirativa en el fascismo italiano. Eugenio d'Ors, hombre camaleónico, mitad por convicción, mitad por necesidad, interpretó muy bien los deseos de don Torcuato. Del «fanatismo rojo», de la etapa de coqueteo con el anarco-sindicalismo, no quedó nada; si acaso, un genérico postulado corporativo, de fácil asimilación por las derechas españolas. Del «fanatismo negro» se mantuvo a prudente distancia. D'Ors describió a Mussolini como un aventurero de borroso origen; una «figura de film». El fascismo, falto de concreta ideología,

⁵⁰ «Sobre la sencillez», 24 de diciembre de 1924.

⁵¹ «Cómo se hacen los grandes diarios», *Heraldo de Madrid*, 26 de diciembre de 1927.

era una vaga retórica; manchado, además, por sus orígenes violentos. Tan sólo apreció en él su fertilidad para la producción de mitos y de ritos: el saludo romano, el ¡presente! a los caídos, las camisas negras, la «liturgia civil»; todo eso estaba muy bien. Sólo en este sentido cabe interpretar su grito de «¡viva el fascio!» Italia aguardaba, según él, al verdadero jefe; a dirigentes como el austriaco Seipel, el «grave sacerdote». Sus preferencias van hacia figuras parecidas al rey imperturbable del Antiguo Régimen; hacia doctrinas como el integralismo portugués (Sardinha y su «admirable envergadura reaccionaria»). Unas simpatías que anudan con la que seguía teniendo por Maurras, destacando ahora su neto carácter monárquico⁵².

1923 fue el «año de la cirugía». D'Ors aprobó, como el grueso de los intelectuales madrileños, el golpe de Estado de Primo de Rivera. Él había proclamado no ya su hostilidad a la vieja política, sino al liberalismo. Pero con eso, vino a decir, no bastaba. La situación de fuerza debía dar paso a otra cosa, a un orden nuevo, todavía impreciso. El cirujano de hierro, declaró Luca de Tena, se fue transformando en médico de cabecera. Y ello era molesto, tanto para él como para su colaborador catalán. La posición orsiana ante la Dictadura quedó expresada a lo largo de 1925. En marzo se lleva a efecto el traslado del cadáver de Angel Ganivet hasta Granada. El féretro hace mansión en Madrid, y ello se convierte en una de las primeras manifestaciones públicas de hostilidad a la Dictadura.

El homenaje a Ganivet se organiza por asociaciones estudiantiles. D'Ors tiene prestigio suficiente entre el elemento liberal —¿su aura de desterrado?— como para ser invitado al acto. Los periódicos echan en falta a Ortega, a Maeztu, a Baroja. El Glosador está en la estación del Norte para recibir el cuerpo, entre centenares de estudiantes, vigilados de cerca por la policía y la guardia civil. La ceremonia necrológica se lleva a cabo en el Paraninfo. Intervienen, entre otros, Marañón y Jiménez de Asúa —a nombre del Ateneo de Madrid—, Américo Castro, Gómez de Baquero y d'Ors. Se hace notar, con el sólo anuncio de los oradores, el sesgo antidictatorial del acontecimiento. Casi todos citaron textos, relacionaron al homenajeado con Unamuno, o se declararon «progresistas», pero ninguno dio a sus palabras el alcance, el tono que tuvieron las de d'Ors. La suya fue una pieza oratoria magnífica, obra maestra de la ambigüedad. Él fue, sin duda, la estrella del acto. El exordio, pronunciado en vísperas de semana santa, contraponía con habilidad

⁵² NG, I, Madrid, 1947, pág. 641 (1923); págs. 929-31 (1924); I, págs. 1139-1141 (1926).

las dos procesiones: la celebrada dos meses atrás, en día soleado y claro, era la procesión de la conformidad española; la que acababa de realizarse en las calles de Madrid, en día aborascado pero con presagios de primavera, era la procesión de la no conformidad. El contraste, hasta en los meteoros, fue saludado de inmediato por el público con aplausos y vivas a la libertad. A continuación vino el quiebro inesperado. Que no se le interpretase mal. El no alude a una situación política particular (como han hecho sus colegas, se sobreentiende), sino que va más allá, apunta al ejercicio independiente, no conformista, «subversivo» de la inteligencia que encarnó Ganivet: «contra lo de arriba y contra lo de en torno, contra lo que domina y pesa y contra lo que envuelve y ahoga, contra la fuerza constrictiva del poder y contra el halago corrosivo de la popularidad». O, lo que es igual: ni con la Dictadura ni con sus oponentes «progresistas». Una manera de halagar los sentimientos opositores del auditorio, pero contradiciéndolos. So capa de rigor filológico, de certera y ajustada interpretación —Ganivet no fue hombre «de izquierda», sino un crítico castizo de la modernidad liberal— se rescata su actitud de reacción. Pero, ¡cuidado! Nuevo movimiento de vaivén. Tampoco el orador pretende hacer la apología de esa postura. Todos los que dicen que la Dictadura es la realización de los ideales del fin de siglo, del 98, aciertan a medias, que es una manera de no acertar en absoluto: «que no bastan los clarines de la fuerza para ejecutar... la Marsellesa de la autoridad». Primo de Rivera, sugiere, toca una música sin letra. El texto lo tienen que escribir los intelectuales, los «autores», la «competencia». La Dictadura es, cuando mucho, una autoridad en busca de autor. La «sed secular de España» no puede saciarse ni en la «copa vacía» de la libertad, ni en el «pellejo deshinchado» de la autoridad. D'Ors acaba su oración, rica en metáforas, aludiendo delicadamente a sí mismo. Lo mismo que Francia tiene su crítico Colegio frente a la conformista Sorbona, así España demuestra tener el suyo: los intelectuales que hablan en el Paraninfo universitario. De esta manera, lo que empezó con una procesión de estudiantes algo tumultuosa, acéfala, termina por quedar encuadrada en implícito colegio. Ganivet fue su primer profesor, pero Eugenio d'Ors, qué duda cabe, será el segundo. El autor, el *Pantarca*, el que pondría letra al himno de la rebeldía reaccionaria. El final fue saludado por una salva de aplausos⁵³.

Las reseñas del homenaje a Ganivet dan a entender cosas muy distintas. *El Liberal* puso en boca de d'Ors estas palabras: «afirma

⁵³ «Llegada de los restos de Angel Ganivet», «Oración en las honras de Ganivet», en *ABC*, 29 de marzo y 9 de abril de 1925.

que los ideales de Costa y de Ganivet... se han realizado, y su realización no nos ha traído más que un inmenso dolor... Es preciso olvidar a los maestros para que la Universidad pueda realizar su labor de no conformidad...». *El Liberal* se adhería cordialmente, llamándolo «maestro». *El Debate* calificó el acto de «algarada izquierdista», prueba de lo muy necesitada que se hallaba España de gobiernos fuertes. A lo que parece, d'Ors no se distinguía en nada de los sediciosos. El reproche de *El Sol*, de mano de *Andrenio*, vino por el exceso de filología; la tesis de Gómez de Baquero era que valía pasar por alto el rigor, si con ello se creaban «condiciones externas» para la libre crítica; es decir, si la reivindicación de la figura de Ganivet servía para combatir a Primo de Rivera⁵⁴.

Sea como fuere, la situación política española no estaba madura para Marsellesas de la autoridad, música y letra juntas. Los rebeldes reaccionarios sólo medran en un clima de libertad política. Su destino, en los años de la Dictadura, era carecer de séquito apreciable. Además, la propensión orsiana a sustituir los conceptos precisos por símbolos musicales o arquitectónicos (¿qué letra era aquella? ¿qué monarquía?) tenía que restarle audiencia en el medio madrileño. D'Ors tuvo desde entonces una reputación de escritor abstruso, muy decorativo pero difícil de entender. En la capital, pasado el primer idilio, suscitaba desconfianza en sectores distintos y por diferentes motivos. Los católicos de *El Debate* dijeron que su filosofía se basaba en un dualismo persa, que era impotente, opaca y dispersa, una «filosofía de ensalada». Como mucho, le otorgaban el beneficio de la duda, por su latinidad. Quizás podría, con el tiempo, convertirse en un buen católico. En la revisión implacable y obtusa que hizo el P. Eguía, el catalán no era de los intelectuales peor parados: «también Eugenio d'Ors, el extraño y coloreado ensayista de las ideas volanderas y raras y de las frases desligadas y telegráficas es bastante independiente; no lo bastante para darse por enterado de la civilización católica y del buen sentido tradicional»⁵⁵. La hostilidad de los medios liberales se hizo patente desde 1926, luego de la publicación del drama *Guillermo Tell*. Gómez de Baquero lo tildó de «fábula conservadora y derrotista». Hubo periodista del *Heraldo* que, como «miliciano de la libertad», le perdonó la vida: «si no le

⁵⁴ *El Liberal*, 29 de marzo de 1925; «Lo del día», *El Debate*, 29 de marzo de 1925; «Sobre la probidad intelectual», *El Sol*, 7 de abril de 1925; y los comentarios de Genoveva G.^a Queipo de Llano, *Los intelectuales y la dictadura de Primo de Rivera*, Madrid, 1988, págs. 186-96.

⁵⁵ S. Minguijón, «Del ideario español», *El Debate*, 16 de julio, 1 de agosto, 22 de septiembre de 1925; El «Resumen de literatura española», de Eguía fue publicado en *Razón y Fe*; tomo la referencia de *El Pueblo Vasco*, 16 de octubre de 1926.

fusilaba a usted... es porque usted ha escrito *La Bien Plantada*⁵⁶. Lo mejor para d'Ors era aprovechar las ofertas del Directorio; hasta de un «pellejo deshinchado» podía sacarse algo. En 1927, d'Ors será nombrado miembro de la Academia Española, dentro de la hornada de académicos regionales; seguidamente, asumirá la representación española ante el Instituto de Cooperación Intelectual, dependiente de la Sociedad de Naciones, con sede en París. Honores y cargos que fueron aceptados con la mayor naturalidad, desdeñando a quienes, sobre todo desde Cataluña, llamaban a la suya «candidatura del ABC».

La caída de la Dictadura interrumpió, por un momento, una vida mundana de diplomático cosmopolita. Entre 1929 y 1930 se hacen más frecuentes las referencias a un régimen de fuerza, al «puño dictatorial» y a la «mano modeladora». Al «espíritu de Roma», católico, corporativo, autoritario. A estas alturas, no hay dudas sobre la procesión que ha elegido. El fascismo italiano se le antoja lavado de su nacionalismo pecaminoso, un régimen de vocación universal⁵⁷. Como impulsor de la Sociedad de Amigos de Menéndez Pelayo, entra en relación con hombres que van a formar muy pronto en las filas del catolicismo político o de la extrema derecha monárquica. Su actitud pretende ser un ejemplo contrario a la de Ortega y Gasset. Al *Delenda est Monarchia* opone un *Delenda est Barbaria*, la solidaridad de los intelectuales, al amparo de una dictadura ilustrada, para proseguir su lucha por la cultura (un «cotidiano bote de lanza por la cultura» fue el lema de Ortega al lanzar la *Liga de Educación Política*), por la dirección de la masa indocta⁵⁸. Apropiándose del vocabulario orteguiano —acaba de publicarse *La Rebelión de las masas*— d'Ors pretende demostrar que el único fiel a la misión de los intelectuales es él. Pero, de momento, la mayoría de la generación de *España* ha escogido la otra procesión. Así lo demuestra la visita que hacen a Cataluña, en marzo de 1930, de la que d'Ors queda irremediabilmente apartado: «por no tener yo, en la coyuntura, ni posibilidad de invitar, por faltarme la condición de residente, ni la de ser invitado, por no tener la calidad castellana»⁵⁹. Una solidaridad entre lo alto y lo bajo, o sea, la Agrupación al Servicio de la República, en lugar de una solidaridad en lo alto, sin concesiones al catalanismo, como

⁵⁶ «Un nuevo Guillermo Tell», *El Sol*, 28 de julio de 1926. V. Sánchez Ocaña, «Una tragedia política» y «A don Eugenio d'Ors», *Heraldo de Madrid*, 5 y 14 de agosto de 1926.

⁵⁷ *NG*, II, Madrid, 1947, pág. 25 (1927); pág. 472 (1929). «Palique»; *Nuevo Mundo*, 15 de julio de 1929.

⁵⁸ *NG*, II, págs. 691-92 (1930).

⁵⁹ «Opiniones de los que no fueron a Barcelona», *La Gaceta Literaria*, 15 de abril de 1930.

él propone. Los aludidos le recordaron, una vez más, su carácter de ave errante; parodiaron sus colaboraciones en *Blanco y Negro: Ors longa, vita brevis*, y su firma: un *Eugenio de esta corte*; hasta se mofaron de sus trabajos en francés: ¿*Oeuvres de Ors o Hors d'oeuvre*?⁶⁰

En febrero de 1931 propuso a Eugenio Vegas una iniciativa extravagante. Se trataba de convocar en el Panteón de Reyes de El Escorial una concentración de españoles afligidos, para meditar sobre lo porvenir, a la vez que se nutrían con «la más viva sustancia del pasado». La minoría de selectos tenía bastante con el exiguo recinto del Panteón. No es de extrañar, pues, que d'Ors expresara la llegada de la República a través de imágenes desoladas, desérticas; como si una vieja pesadilla se hubiera realizado de golpe: el barro espeso de la prehistoria, el pasado de rebeldía y violencia, la oscura mayoría semítica, el motín de las capas y los sombreros, es decir, todo lo que había significado España en su época catalanista. La República quedará definida como las «jornadas del plebeyo jolgorio, en que la inconsciente muchedumbre se tragó quince siglos de tradición»⁶¹. Las glosas reclamaban un Costa nuevo, el genial arbitrista que diera detallada solución a los problemas españoles. Pero la pretensión resultaba sospechosa. «Ignoro si sus prefiguraciones pueden ser un coqueteo ante el espejo y si aspira a la candidatura»⁶². D'Ors había esbozado un plan cabalístico, «nueve en nueve», que consistía en resolver en nueve años las nueve grandes cuestiones españolas: europeísmo, alfabetización, higiene, bienestar, etc.; una variación sobre los siete criterios de gobierno de Joaquín Costa. Lo cual quería decir, sin duda, que el Costa nuevo era él. Uno de los nueve puntos se proponía sustituir el «mezquino molde constitucional nacionalista» por la «concepción imperial». Aconsejaba sustituir la «política», propia de los pueblos civilizados, por la «misión», aplicable a los pueblos salvajes como el español⁶³. Más adelante, en 1935, en su prólogo al libro *Oliveira Salazar*, de Antonio Ferro, sintetizará en 21 puntos su llamamiento para una «política de misión»: un régimen de autoridad que trata de distinguir de la dictadura pura y simple, con advocaciones grandilocuentes al Imperio, a Europa, a Roma. Consignas que, en torno a 1931, abrazaban los incipientes grupos fascistas.

⁶⁰ «El viajero que no llega nunca», *El Sol*, 1 de febrero de 1931. Era una de las «Charlas al sol», de Félix Lorenzo.

⁶¹ E. Vegas, *Memorias políticas*, I, pág. 92, Madrid, 1983. *NG*, II, págs. 761-63 (1931).

⁶² E. Giménez Caballero, «Joaquín Costa y Alfredo Oriani», *La Conquista del Estado*, 21 de marzo de 1931.

⁶³ *NG*, II, págs. 695-99 (1931), II, págs. 708-9 (1931).

En 1932 cambiará el *ABC* por *El Debate*. Nueva emigración del «Glosario». Todo parece indicar que el motivo fue el cierre prolongado del diario monárquico, después de la intentona de Sanjurjo. Un contratiempo para un hombre que vive de la pluma. De todas maneras, d'Ors tiene una habilidad especial para olfatear el partido ganador que es, a la vez, el partido pagador. El cambio de periódico es chocante porque el glosador nunca había alardeado de ortodoxia. La postura orsiana ante la religión es semejante a la de Maurras. El catolicismo tiene un valor como vínculo social. Su organización jerárquica es un espejo en que debe mirarse la sociedad civil. También es un símbolo fundamental de la continuidad nacional. Menéndez Pelayo parece inspirar afirmaciones sobre la identidad entre España y la religión: «la renuncia al catolicismo significa el fin de España». Pero estimar la utilidad política de la religión era cosa distinta de la fe cristiana. El catolicismo orsiano, como el de Maurras, es profundamente hostil al cristianismo. Es un catolicismo clerical. Cristianismo es sentimiento interior, o sea, anarquía espiritual, romanticismo. Cristianismo auténtico quiere decir protestantismo, la «tendencia a entenderse directamente con Dios a espaldas de la autoridad competente». El catolicismo es, pues, una religión con escasa presencia divina, compensada por un respeto estricto a la liturgia⁶⁴. El catolicismo, dijo una vez, es como la bicicleta; una forma en que ya no cabe perfección ni mejora.

Resulta curiosa la presencia de semejante católico en las páginas del «periódico de Cristo». Naturalmente, en asuntos de Iglesia no había diferencias. D'Ors protestó ante el «afrentoso atropello» que padecían las órdenes religiosas, privando a la enseñanza de partes de la tradición española⁶⁵. El glosador hizo, además, una expresa apología de la táctica posibilista de la CEDA, a continuación de las elecciones de noviembre de 1933. Asuntos como la reforma constitucional, tema favorito de la CEDA, o la concentración de las JAP en El Escorial aparecerán comentadas en el «Glosario». Pero había un asunto, menos pasajero, en el que d'Ors coincidía con el partido católico, al menos de palabra: la desconfianza ante el nacionalismo; y, en relación con ello, el papel de la Iglesia católica en el Estado. El patriotismo que exaltaba *El Debate* se resumía en la tradición, en los símbolos católicos, cuyo depositario era la Iglesia. Una Iglesia anterior, independiente del Estado.

⁶⁴ *NG*, II, pág. 485 (1929), II, págs. 553-66 (1929), *NG*, I, pág. 1041 (1925).

⁶⁵ Carta leída en el banquete homenaje a Pemán, en «Monitor de la cultura», *El Debate (D)*, 1 de junio de 1933. El «Monitor» era un periódico folletón redactado por d'Ors, pero sin firma.

Ángel Herrera advertía sobre las «exageraciones nacionalistas», sobre las «savias del tronco francés», es decir que no compartía el culto estatal del fascismo, ni el nacionalismo integral de algunos miembros de Acción Española, demasiado cercanos a Maurras. Los publicistas católicos solían hablar de «unidad espiritual», de los principios históricos que contribuyeron a formar a España, sin contar entre ellos al Estado. D'Ors podía acomodarse a estas ideas. Recordemos que el viejo *Xènius* había afirmado que las naciones sólo se justificaban por la Cultura. Ahora aludirá a la propensión separatista de cualquier Estado al margen de la Iglesia. Un Estado sin religión oficial, sin «misión espiritual», tendería fatalmente a sustituirla por la religión del nacionalismo⁶⁶.

CIUDADANO DE ROMA

El traslado del «Glosario» a Madrid tenía ingredientes de continuidad y de ruptura. El glosador siguió a vueltas con mitos muy parecidos a los que había forjado hasta entonces. D'Ors enriquecerá el sistema de oposiciones (clásico-romántico o barroco, Roma-Babel, ecúmeno-exótero, eterno viril-eterno femenino, imperio-provincia o nación, etc.), introducirá nuevos términos (eones o constantes), perpetuo comentarista de sí mismo. En cierto sentido, puede entenderse la producción posterior a 1923 como un ejercicio de reescritura. Pero la emigración de los significantes, aparejó una inversión de los significados. El centro, el «ecúmeno», es ahora España, o sea, el imperio español universal. La periferia, el «exótero», es Cataluña y sus reclamaciones particulares. Si Cataluña había sido la marca del imperio carolingio, avanzada de Europa en una Iberia retrógrada, ahora España se concibe como marca europea frente al Africa; una marca perpetua, desde la Reconquista hasta la guerra del Rif; una marca que mira con hostilidad cualquier división interior: «Sacro Romano Imperio, romano y sagrado a la vez... Un cetro en el mundo y una España sin separatismos, estrechamente unida con aquél»⁶⁷. D'Ors rescata el pasado imperial de Cataluña, su propio pasado, para la grandeza imperial española. La línea imaginaria, mezcla de simbólicos personajes que van desde Lulio, San Vicente Ferrer o Luis Vives hasta Rubió i Lluch, resultan españolizados, como si fuesen una preparación de la unidad política, de las «grandes incorporacio-

⁶⁶ «Mítin de Acción nacional en Madrid», *D*, 13 de julio de 1931. «Acción Española», *D*, 3 de enero de 1933. «Monitor de la cultura», *D*, 18 de junio de 1933.

⁶⁷ *NG*, I, pág. 925 (1924); II, págs. 42-3 (1927).

nes». Prim es el «imperialísimo hijo de Reus». Cataluña vierte sus riquezas en España, España en América y ambas en el mundo. Cataluña se enfrentaba a España como lo clásico y ordenado contra lo barroco pintoresco. Ahora es Cataluña, la Cataluña nacionalista, la que queda del lado de lo irregular, y España la que se incorpora ambos arquetipos eternos. Tradición barroca, la del museo de escultura de Valladolid, la del Greco, y tradición clásica, encarnada por los monarcas de la Ilustración, el observatorio de Cádiz, etc. La literatura española era tanto vigor, desgarro y pasión nativa (Espronceda, Unamuno, Baroja), como disciplina y ritmo (Cervantes o Valera). Manifestaciones como la picaresca o la mística no tienen nada de peculiares, pudiendo traducirse a términos europeos. Y, junto con ellas, se halla el clasicismo de erasmistas, enciclopedistas y afrancesados, el «linaje de los nuestros». La dualidad española —las «dos Españas», de nuevo— no era la excepción, sino la norma en todos los países de Europa. Con ser Francia la patria del clasicismo, podría hallarse en ella otra corriente que afirmara lo contrario; la Francia de Descartes y Voltaire, frente a la de Pascal y Sorel. Polémica, pues, pero no barbare. España quedaba así rehabilitada en su sentido europeo⁶⁸.

D'Ors sigue presentando el imperio, ahora el español, como un artificio impuesto por violencia y agresión a las culturas nativas. Es casi una fantasía de violación la que le mueve a exaltar el palacio de Carlos V en Granada, afirmación imperiosa de un orden regular sobre el «cuerpo femenino» de la Alhambra. Es imperial toda la acción de los españoles en América, incorporación forzosa de las «razas inferiores» a la Cultura⁶⁹. El cambio de centro del imperialismo orsiano le lleva a exaltar los iconos de la tradición española, insuflándoles una fuerte carga positiva, clásica y heroica: Guzmán el Bueno, le escuela jurídica de Salamanca, la Inquisición —bautizada como «fórmula épica»—. El Escorial ha dejado de ser el monumento siniestro que conoció en su mocedad, emblema del despotismo y de la decadencia española. El Escorial es un edificio gloriosamente clásico y racional, quizás hasta demasiado regular. D'Ors había dibujado en *La ben plantada* un arquetipo femenino de catalanidad. Teresa, la heroína serena, siguió la evolución de su creador. Empapada de «esencias locales» para volar luego «con las alas de lo católico». Desde principio de los años treinta descenderá a la tierra para encarnar en otra figura femenina, Isabel la Católica. Símbolo de la unidad, que limpia, barre y

⁶⁸ Cataluña-España en *NG*, I, pág. 792 (1924), y II, pág. 603 (1930). Dos tradiciones, *NG*, II, págs. 151-2 (1927).

⁶⁹ *NG*, II, págs. 104 y 207 (1927); II, pág. 541 (1929).

ordena; que domina con su mano firme la hidra de los particularismos; que, una vez terminada su casera labor, se inclina sobre una ventana para contemplar el horizonte imperial de la mar océano⁷⁰.

En esta su segunda fase, imperio quiere decir «cualquier estructura supernacional, más o menos materializada». Como en la primera, lo esencial es el «espíritu», el «alma»; la «misión» o «función» que desempeña un «país» en la esfera universal. Lo irrelevante es el cuerpo, los rasgos físicos, étnicos, geográficos que, de manera convencional, han venido configurando a las naciones. El equívoco vuelve a ser patente. D'Ors se refiere a España siempre como «país». Cuando mucho, dirá que España, con Francia e Italia, es una de las últimas naciones. En apariencia, se halla alejado del nacionalismo español, pero sólo en apariencia. Su proclamada vocación de universalidad es ficticia; consiste en afirmar sin discusión que determinadas características, símbolos y mitos de lo español son universales. La figura del caballero católico, el hidalgo que combate por su honor impalpable, no por el material interés, no es un tipo humano universal como parece creer. Como tampoco lo es el catolicismo español, entendido al modo de Menéndez Pelayo. Era una suposición injustificada decir que el ser muy españoles, «dispensaría de nacionalismo» a los amigos del polígrafo santanderino. D'Ors establece una secuencia entre prehistoria-historia-cultura, correspondiente a la que existe entre pueblo-nación-imperio. Alardea de haber dejado atrás lo episódico, la anécdota nacional, —«yo soy ciudadano de Roma»— cuando lo cierto es que no ha salido de ella. España; como antes Cataluña, no es nación sino supernación, imperio⁷¹. Un nacionalismo exaltado, agresivo, que no tardará en ser apreciado por uno de los grupos más beligerantes de la extrema derecha.

El mito imperial había nacido en Cataluña, lanzado por d'Ors y canonizado por Prat de la Riba. La generación nacionalista más radical, la de *Acció Catalana*, puso énfasis en la política de la *Catalunya endins* y en el consiguiente abandono del mito imperial, motejado de españolista. El propio Cambó suavizó sus anteriores llamamientos a *l'Espanya gran*, diluyéndolos en lo que llamaba *l'ideal ibèric*, una comunidad bastante laxa de pueblos peninsulares. El director de *La Veu de Catalunya*, Joaquim Pellicena, se expresaba en sentido parecido «la idea de convivència substitueix en les nostres concepcions imperials la idea de domini»: una efec-

⁷⁰ *NG*, II, pág. 286-87 (1928); *Ferdinand et Isabelle*, París, 6.ª ed., 1932, páginas 32-33, 137.

⁷¹ Imperio, en *NG*, II, pág. 468 (1928); el hidalgo, *NG*, II, pág. 29 (1927); caducidad de las naciones, *NG*, II, pág. 718 (1931); supernaciones, *NG*, II, pág. 594 (1930).

tiva coordinación de las culturas hispánicas, peninsulares y trasatlánticas. Joan Estelrich, el que en otro tiempo propusiera llegar *als cims de l'imperi*, a la *Gran Catalunya*, mirará con preocupación los avatares del mito en los años republicanos. Las tendencias «neo imperialistas», que trataban de compensar el imperio colonial perdido, «pueden resultar nefastas»⁷². Estelrich, mano derecha de Cambó, había contribuido al lanzamiento de *La Gaceta Literaria* de Giménez Caballero. Gécé había servido de portavoz en Madrid a la política de concordia ibérica de Cambó, uno de cuyos aspectos cruciales consistía en la atracción de los intelectuales castellanos por el nacionalismo catalán moderado. Fue la *Gaceta* quien organizó, primero, la exposición del libro catalán en Madrid; después, el viaje de los intelectuales a Barcelona. Gécé había empezado a difundir una mezcla de casticismo unamunescos, fascismo mussoliniano y vanguardia artística en su *Circuito imperial* (1929). Por un momento pudo confiar en que el nacionalismo catalán actuase de estimulante de una superespañolidad, grande, heroica, imperial: «este es el gran mito salvador y espléndido que Cataluña puede ofrecernos a los no catalanes». Gécé fue siempre un envidioso del catalanismo. El ofrecía una mística nacional, un caudillo —Maciá— una movilización unánime. Al enamoramiento de la Cataluña mujer, siguió el despecho por el abandono: «la maté porque era mía»⁷³. Lo paradójico es que había nacionalistas catalanes como Estelrich, envidiosos a su vez del nacionalismo español, que echaba en falta a Galdós, Unamuno, Ortega y Maeztu: «si tinguéssim semblant nacionalisme, tan fort i substancial, a Catalunya! Més aviat el nostre és un provincialisme trist davant Europa»⁷⁴.

Ramiro Ledesma Ramos era un joven intelectual próximo a Ortega que, en torno a 1930, había pasado también por una cierta fascinación catalanista. No en vano había estado destinado en Barcelona como funcionario de correos. Antes de lanzar *La Conquista del Estado* acudió a Cambó para que fuera padrino del in-

⁷² F. Cambó, *Per la concòrdia*, Barcelona, 3.^a ed., 1930, págs. 166-67. J. Pellícena, *El nostre imperialisme*, Barcelona, 1930, pág. 28. J. Estelrich, *Catalanismo y reforma hispánica*, Barcelona, 1932, pág. 187; comparar con sus artículos «Imperialisme i unitat d'esperit», *La Revista*, 16 de febrero y 16 de mayo de 1917, cuando era discípulo de d'Ors.

⁷³ «Un adiós a la amada Cataluña», «Quien fuera hoy catalán», *El Sol*, 8 de marzo y 21 de septiembre de 1932. «La república española como asunto catalán»; *La Gaceta literaria*, 1 de octubre de 1931. Enric Úcelay da Cal, «Vanguardia, fascismo y la interacción entre nacionalismo español y catalán», en J. G. Beramendi, R. Maiz (eds.), *Los nacionalismos en la España de la Segunda República*, Madrid, 1991

⁷⁴ *Catalunya endins*, cit., pág. 88.

vento, pero sin fruto. La revista apareció en marzo de 1931, reclamando un destino colectivo grande, una gigantesca ambición nacional que resumía en la voz de imperio. *España, sangre de imperio*, rotula con letras gordas el número correspondiente al 30 de mayo: «el imperio sería la idea común que adscribiese a los pueblos hispanos un compromiso de unidad». Todo indica que el mito imperial había renacido en *La Conquista del Estado* como reacción a la amenaza del nacionalismo catalán: «¿se dejará arrebatarse España la idea imperial, integradora, que constituye su savia misma como pueblo?»⁷⁵ También existió, sin duda, un cierto sentimiento de orfandad. Mientras que en Madrid caían los símbolos tradicionales de la unidad nacional —la monarquía, la bandera, el himno—, Cataluña amagaba con crear un Estado dentro de una confederación de pueblos ibéricos. Dado que el primer fascismo español se declaraba partidario de la forma republicana de gobierno; dado que la república auguraba un sistema de autonomías regionales, el imperio era una manera de agresivo contrapeso o afirmación grandiosa de la superioridad española.

Existe un parentesco, siquiera de origen, entre el mito imperial del primer fascismo español y el que venía divulgando Eugenio d'Ors. La relación de este último con Ledesma o Gécé, sin embargo, no es la de un maestro con los discípulos. Ellos ensalzaban a la generación del 98 —que les devolvía el cumplido—, a Ortega, pero no a d'Ors, demasiado diletante. Más estrecha fue la relación con Rafael Sánchez Mazas, cuya aportación al «estilo» de la Falange fue decisivo. La amistad entre d'Ors y Sánchez Mazas se remontaba a 1915, cuando el catalán visitó Bilbao para dar una conferencia sobre *El Mediterráneo en la Guerra Grande*. Se conserva una carta de Sánchez Mazas, escrita días después desde su palacio de Coria: «a punto de reanudar mi ensayo de Glosario, me parecería faltar a todas las liturgias no enviando mi saludo al maestro glosador nuestro»⁷⁶. D'Ors se mantuvo en periódica relación con el grupo de intelectuales bilbaínos reunidos en torno a Pedro Eguillor: Pedro Murlane Michelena, Ramón de Basterra, José Félix de Lequerica y el propio Sánchez Mazas. El grupo, constituido en Escuela Romana del Pirineo, se situaba bajo la advocación classicista y autoritaria de *l'école romane française* de Moréas y Maurras; su hostilidad al nacionalismo vasco era la contrapartida de un españolismo ardiente. En todo caso, sus actividades merecieron el elogio orsiano, por la «catolicidad de la inteligencia», gene-

⁷⁵ «¿Qué pasa en Cataluña?», *La Conquista del Estado*, 25 de abril de 1931. Vicisitudes de la revista, en J. Aparicio, *Aniversario de La Conquista del Estado*, Madrid, 1951.

⁷⁶ Biblioteca de Cataluña, ms. 3602.

ración de «almas metropolitanas», opuesta a la de Unamuno, Baroja, Salaverría o Maeztu⁷⁷. El conocimiento de Basterra es todavía anterior. En 1913, d'Ors le clasificaba «en el partit de l'intel·ligència, un ardent correligionari nostre». Su dudoso gusto poético le llevó a bautizarlo como «Esopo de nuevo cuño» y, más adelante, como «primer poeta imperial»⁷⁸. Las afinidades, o mejor, las influencias sobre el bilbaíno son evidentes. Basterra era un entusiasta del «principio imperial o clásico», «romano», capaz de unir otra vez a España y América. De puertas adentro, lo que llamaba «pirineísmo imperial» era una entidad superior a la región, que abarcaba desde la Montaña hasta la Rioja y partes de Aragón y Cataluña⁷⁹; una desafortunada fantasía cercana, por cierto, a las ensañaciones expansionistas de algún nacionalista vasco como Eli Gallastegui. Los miembros de la Escuela Romana del Pirineo siguieron una trayectoria parecida, desde el maurismo a la extrema derecha. Sánchez Mazas puede figurar entre los primeros que se entusiasmaron con el fascismo italiano. Lequerica oscilará entre Falange y Acción Española; su dinero sirvió para financiar *La Conquista del Estado*. Exceptuando a Basterra, muerto en 1928, y a Eguillor, asesinado en 1937, el resto ocupará puestos destacados en el régimen franquista.

También existieron relaciones entre d'Ors y José Antonio Primo de Rivera. Según parece, entre 1932 y 1933, José Antonio le visitaba en el piso de la calle Hermosilla, o le escribía cartas «de lo más encantador que darse puede». Durante la guerra civil se atribuirá el mérito de haber depurado el nacionalismo grueso del fundador de la Falange⁸⁰. ¿Exageración interesada? El caso es que la fórmulas paradójicas del patriotismo falangista, a lo Juan sin Tierra, se parecen mucho al imperialismo orsiano. El argumento decisivo de este último contra el nacionalismo había consistido en identificarlo abusivamente con el individualismo liberal. Los derechos naturales justifican la pretensión a la autonomía individual; su extensión a la esfera colectiva, con el principio de las nacionalidades, amparaban la autonomía nacional. Sólo postulando una comunidad superior a la nacional, un imperio artificial, justificado por una misión cultural universal, impuesto de forma autoritaria

⁷⁷ NG, I, pág. 783 (1924). Cena con el grupo bilbaíno: «la gula de D. P*. E* (Eguillor) la preside, tanto como su unitarismo borbónico», en *ByN*, 28 de noviembre de 1926.

⁷⁸ «El clam qui'ns arriba», *La Veu*, 18 de octubre de 1913. NG, II, pág. 72 (1926); III, pág. 576 (1937).

⁷⁹ R. De Basterra, *Los navíos de la Ilustración*, Caracas, 1925, pág. 268. «La moral de la cordillera pirenaica», *El Pueblo Vasco*, 13 de febrero de 1924

⁸⁰ NG, III, págs. 709-10 (1939).

por una «estirpe de jefes», podían orillarse las tendencias naturales a la secesión. De manera idéntica, José Antonio metía en el mismo saco su enemiga al liberalismo y al nacionalismo disgregador. Ambos eran un resultado del naturalismo que achaca a Rousseau. José Antonio oscilaba entre diferenciar un nacionalismo bueno y otro malo, y la negativa aparente a admitir cualquier nacionalismo. El escrito más elaborado de José Antonio sobre el asunto es el «Ensayo» publicado en *JONS* (abril 1934). El nacionalismo forma parte del campo del romanticismo, del naturalismo, porque entiende que son los rasgos étnicos, lingüísticos y geográficos, o bien la comunidad de usos, costumbres y tradiciones las que definen la nación. No todo pueblo es una nación, sino sólo aquel que cumple «un destino histórico diferenciado en lo universal». Este segundo concepto de nación, verdadero, misional, sería capaz de superar al nacionalismo falso. En otras ocasiones, sin embargo, proclamará: «no somos nacionalistas... porque el nacionalismo es el individualismo de los pueblos». España se justificaba no por ser una nación, en el mismo pie, por ejemplo que Cataluña, sino por su vocación imperial, por ser «una unidad de destino en lo universal»⁸¹.

D'Ors saluda en los años treinta las «fórmulas de ciertos grupos juvenilmente vivaces de la hueste contrarrevolucionaria». Grupos entre los que figuraba un hijo suyo, Víctor d'Ors, que publicaba en *FE*. Onésimo Redondo escribía textos en *JONS* que parecían inspirados en el vocabulario del «Glosario»: concepción de la política como «lucha por la Cultura», España como vanguardia de Europa frente a Africa, etc. la revista recomendaba «a los camaradas del partido» una serie de lecturas entre las que figuraba la *Vida de los RR.CC.*, la traducción de *Ferdinand et Isabelle*. D'Ors había dado muestras de tener una «vocación de arquitectura», de preferir la fórmulas claras, concretas y ajustadas. Sánchez Mazas decía que la concepción imperial de la Falange era «arquitectónica»: imperio no eran territorios ni fuerza militar, sino «una actitud del alma». También se inclinaba por lo escueto y preciso como característica del estilo falangista. Con sus editoriales de *FE*, Sánchez Mazas glosaba la «política de misión», denunciaba a las naciones como pecado colectivo de Babel, aconsejaba odiar lo pintoresco, y se dedicaba a acuñar símbolos imperiales: el águila y el cisne, el yugo y las flechas; esos símbolos a los que el maestro glosador daba tanta importancia. D'Ors decía sentir

⁸¹ «Discurso pronunciado en el teatro Calderón de Valladolid» (4 de marzo de 1934), y en el parlamento (30 de noviembre de 1934), en *Obras Completas*, Madrid, 1942.

emoción, esperanza y satisfacción ante las andanzas del «joven marqués de Estella». En sus ideas imperiales apreciaba el fruto de «una oscura siembra ideológica, cumplida por años»; «el bien orientado estudio de... los principios de política de misión». Los suyos propios. Y no le faltaba razón, por mucho que las lucubraciones del discípulo no se ajustasen del todo a las exigencias del maestro. José Antonio llegaba a emplear frases como ésta: «el corazón tiene sus razones que la razón no entiende. Pero también la inteligencia tiene su manera de amar, como acaso no sabe el corazón», que figuraban entre las que d'Ors había sacado del pascaliano acervo de Octavio de Romeu. José Antonio tenía, como él, una gran devoción por Carlomagno. En las cenas del café París siempre reservaba una silla para el Emperador. Como él, el universalismo encubría malamente un nacionalismo exaltado, mitad religioso, mitad castrense —«¡la sotana y el uniforme!»⁸²—. Si no a la política, la contribución de Eugenio d'Ors a la retórica, a los mitos de la Falange fue muy importante.

EN LOS DÍAS DEL ÁNGEL

D'Ors regresó a España en 1937, de la mano del grupo falangista de Pamplona capitaneado por el sacerdote Fermín Izurdiaga. Laín Entralgo ha contado los pormenores de este retorno. Izurdiaga era un orsiano, no sólo de doctrina sino por su afición a la escenografía. *Jerarquia*, la revista negra de la Falange, era su órgano de expresión; orsiana hasta en la grafía y en el pomposo subtítulo: *Guía / nacionalsindicalista / del imperio / de la sabiduría / de los oficios*. También redactaban el diario *Arriba España*. Aquí era donde los jóvenes intelectuales de Falange escribían frases rimbombantes, auténticas peticiones de principio, tan propias del momento: «no sería posible el cumplimiento de nuestra unidad de destino en lo universal, si lo universal no fuese en sí otra unidad de destino». El «Glosario» sentó plaza en *Arriba España*. En medio de estos principiantes de las letras como Angel M.^a Pascual, Luis Felipe Vivanco, Luis Rosales, Gonzalo Torrente Ballester, Pedro Laín o Rafael García Serrano, el experimentado glosador podía reinar sin apenas discusión. Por excepción en el tuteo falangista, él

⁸² D'Ors sobre la Falange en «Breves advertimientos...», «Monitor de la cultura», *D*, 19 de noviembre de 1933 y 15 de julio de 1934. En *NG*, II, (1933) saluda el nacimiento del grupo como parte del «León de Esparta». Los editoriales, conferencias y artículos de Sánchez Mazas fueron recogidos en *Fundación, hermandad y destino*, Madrid, 1957. Cenas de Carlomagno, en «Conversando con Agustín de Foxa», *El Español*, 30 de octubre de 1943.

era don Eugenio. También le llamaban maestro. En la tertulia del café Niza, tenían la sensación de estar hablando con el mismísimo Sócrates⁸³. En las horas turbulentas de la guerra civil, parecía haberse perdido la noción de los límites. El esteta ambiguo que era d'Ors expresaba su admiración por los rudos corpachones de los requetés navarros, macizos, blancos, cejiespesos, corajudos, gozándose en los placeres de la vida y en el riesgo de la muerte. Era el momento de dar suelta a todos los deseos a medias realizados en la vida rutinaria y pacífica. Cualquier extravagancia podía ser recibida con aplauso, siempre que fuera por la buena causa. Ahora pudo d'Ors presentar sin inhibiciones la faceta más histriónica de su persona, encadenando ceremonias en las que era actor principal. Ceremonia fue la de Roncesvalles, subiendo a lo alto con los amigos para tañer por tres veces la campana de Roldán, como apelando a Francia con voces de imperio. Ceremonia, y mucho más grotesca, fue la «toma de camisa», la jura como caballero falangista en la iglesia de San Andrés: botas, formidables leguis de cuero, correa que apenas le disimula al caballero sus abultadas carnes; vela de armas, misa oficiada por don Fermín —¡la sotana y el uniforme!—, oraciones y banquete final⁸⁴. Un acto que recuerda aquel otro juramento como caballero cruzado del catalanismo, que un día ofreciera a Prat de la Riba.

El que antaño elogiara el ceremonial de la Solidaridad catalana, pudo ahora organizar las pompas de un alzamiento bien distinto. Fue d'Ors quien, junto a Sáinz Rodríguez, planeó la inauguración del Instituto de España; acto de propaganda en demostración de que los sublevados también contaban con intelectuales. El lugar elegido fue el aula magna de la Universidad de Salamanca, el retrato de Franco pintado por Aguiar en el testero, bajo dosel. Desfilaron, nunca mejor dicho, los académicos de todas las academias que se pudieron reunir. Vestía d'Ors uniforme de FET y de las JONS, con los originales aditamentos, saludó brazo en alto al general Jordana, el representante de la efigie, glosando «la obra ingente del conductor de España». Académicos de la española eran Pemán, Eijo y Garay, González Amezúa, Artigas, Azcue, Fernández Flórez, el duque de Maura, Manuel Machado, Sáinz Rodríguez, y Pío Baroja. El secretario perpetuo del Instituto, o sea, d'Ors, pronunció la fórmula del juramento, inspirado en sus fan-

⁸³ Rafael García Serrano, *La gran esperanza*, Barcelona, 1983, págs. 171-72, 242-43. La frase de *Arriba España* es de Laín, «El imperio, meta del nacionalsindicalismo», 15 de octubre de 1937.

⁸⁴ Juan Aparicio, «Amadís en Roncesvalles», en *Españoles con clave*, Barcelona, 1945. P. Laín Entralgo, *Descargo de conciencia (1930-1960)*, Barcelona, 1978, págs. 213-14.

tasías angélicas: «señores académicos: ¿juráis a Dios y ante sendos ángeles custodios, servir perpetua y lealmente al de España en sus tradiciones vivas, en su catolicidad que encarna el Pontífice de Roma y en su continuidad, hoy representada por el Caudillo salvador de nuestro pueblo?» Uno a uno fueron jurando en voz alta, con la mano derecha en los Evangelios y en un Quijote ornado con el yugo y las flechas. El secretario nombró a los académicos caídos... ¡presentes!, y el auditorio se hizo eco con el brazo en alto, un bosque de manos extendidas. Las armas y las letras se habían unido —eso daba a entender el acto— contra los destostados «enemigos de Dios y de España»⁸⁵.

Una ceremonia terminaba y otra estaba a punto de empezar. La vida en la retaguardia fue para d'Ors un trajín de honores, una actuación constante. En realidad, a falta de la lectura del discurso de ingreso, d'Ors no era académico regular. El 29 de abril de 1938, en Sevilla, puso remedio hablando sobre las *Humanidades*, siendo contestado por un Pemán que improvisaba mientras aparentaba leer. El discurso incluyó una tremenda referencia a los tiempos, «de andares sumarísimos en la gracia como en la justicia». El sillón que se le destinaba era el que nunca había ocupado Unamuno. D'Ors tuvo el atrevimiento, contrario a toda norma académica, de insultar al fallecido escritor, su antiguo «cher maître», «rector que no regía ni se regía». A Sevilla siguió Coimbra, donde acudió para recoger el doctorado *honoris causa*. Luego San Sebastián, donde el 29 de noviembre fue investido como académico en la de Bellas Artes de San Fernando. D'Ors se paseaba embutido en su flamante uniforme, dando ocasión a alguna anécdota pintoresca: «perdóneme usted que no le haya reconocido, pero como va vestido de bombero»⁸⁶. Desde enero de 1938 el hombre del uniforme era jefe nacional de Bellas Artes. Las dos exposiciones celebradas durante la guerra fueron responsabilidad suya: Venecia, en 1938, y la de Arte Sacro de Vitoria, en 1939. El fue quien se encargó de repatriar desde Ginebra los cuadros del museo del Prado. Su labor como propagandista de los sublevados en el extranjero fue destacada, saliendo a Ginebra y Lausana, en diciembre del 37 y a París en el 38, en ambas ocasiones por invitaciones de la propaganda italiana. Entretanto, la prosa orsiana había saltado al Boletín Oficial, tiñéndolo de impagable cursilería. Así, al establecer una comisión de estilo en las conmemoraciones por la patria, cuya función era evitar iniciati-

⁸⁵ *El Adelanto*, 5, 6 y 7 de enero de 1938.

⁸⁶ José M.^a Fontana, *Los catalanes en la guerra de España*, Madrid, 1951, pág. 365.

vas «a través de las cuales aparece muchas veces retrospectivamente trocada la epopeya en caricatura».

Con estos honores, d'Ors cerraba el círculo de su carrera. De la secretaria del *Institut d'Estudis* a la secretaria del Instituto de España. De Director de Instrucción de la Mancomunidad a Jefe de Bellas Artes del Ministerio de Educación Nacional. Alguien dijo que, vistas así las cosas, no había progresado mucho. Y con desenlace parecido. En la Junta de Burgos hubo quien se acordó del pasado catalanista del personaje. El general Martínez Anido, que creía ver un peligro en la reaparición junto a los sublevados de gente de la *Lliga*. El conde de Rodezno, sustituto de Sáinz Rodríguez al frente del Ministerio de Educación, tenía a d'Ors una auténtica manía: «catalán injerto en internacional, que me estomaga con su monóculo y su americana ribeteada y todo»; escribiendo «no lo entiende ni su padre, pero me encontré con que hablando es más incomprensible aun»⁸⁷. El 25 de agosto del 39 cesó como jefe nacional de Bellas Artes, limitándose sus funciones al crearse el CSIC y quedar el Instituto de España como un mero coordinador de Academias. Por fin, en 1942, perdió la secretaria, ¡ay!, perpetua del Instituto. La causa fueron gastos no justificados y bienes del organismo que, según parece, se negó a devolver. La sede del Instituto, desde 1939, era el propio domicilio del secretario. ¿Cómo distinguir entre las pertenencias de uno y otro? Es probable que, como en 1920, se tratase de un caso de negligencia, no de malversación⁸⁸. El asunto no trascendió como antaño. D'Ors siguió vinculado al Movimiento, proclamando en las ocasiones de rigor su «lealtad al 18 de julio», tratando con los jerarcas del régimen, despidiendo su correspondencia «con un ritual y a un tiempo ardiente saludo romano»⁸⁹. El catalán fue tan buen propagandista en tiempos de paz como lo había sido en tiempos de guerra. Roma, en 1946 y 1949; Ginebra, en 1947; Argentina, en 1950. Sus viajes al extranjero, su participación en debates internacionales, sus alocuciones radiadas, exaltaban las victorias de la Hispanidad, mostrando que no toda la inteligencia se hallaba del lado de la España peregrina. Tenía cinismo bastante para alabar los benéficos efectos de un régimen que había logrado triunfar allí donde Esquilache fracasara, en la doma de los «instintos populares»; la estética mejoraba, los mendigos habían desaparecido y hasta las colas mostraban los progresos de la cívica disciplina. La España

⁸⁷ Cit. en Javier Tusell, *Franco y los católicos*, Barcelona, 1992, págs. 309 y 367.

⁸⁸ Ángel Llorente, *Arte e ideología del franquismo*, Madrid, 1995, pág. 95.

⁸⁹ *La Vanguardia* (V), 18 de julio de 1943. G. García Queipo de Llano, «E. d'Ors y el ambiente artístico de la posguerra», en *Arte para después de una guerra*, Madrid, 1993.

de Franco, vista en 1949 desde los cursos de verano de Segovia, era una «Arcadía»: camareros impecables pidiendo libros dedicados, estudiantes de varias naciones bailando y cantando, obispos ayudando a transportar sillas. Sólo las «agencias sinagogantes» podían afirmar que los españoles vivían bajo una dictadura militar. Además, estaban las procesiones, tan bellas; Isabel la Católica, los autos sacramentales y la española infantería; brillantes oropeles de la conformidad⁹⁰.

Además, el mito imperial corría con buen despacho, convertido en doctrina oficial del régimen. Se hicieron sesudos volúmenes sobre la idea imperial, tratándola como algo connatural a la idea de España; por ejemplo, el de Juan Beneyto Pérez, *España y el problema de Europa. Contribución a la historia de la idea de imperio*, Madrid, 1942, que usa términos tan orsianos como «constantes históricas», «ecúmeno» o «arquetipo»; o los de Eleuterio Elorduy, *La idea de imperio en el pensamiento español y de otros pueblos*, Madrid, 1944; y Santiago Montero, *La idea del imperio*, Madrid, 1943. Intelectuales falangistas como Antonio Tovar enseñaban que el sentido histórico español no era nacionalista, sino imperial. El término, que era muy usado por el Caudillo en sus discursos, quedó por así decir santificado en el *Catecismo patriótico* del padre Menéndez Reigada: «será este imperialismo una especie de quijotismo de orden superior». Y es que, visto de cerca, el imperio significaba muy poca cosa. Era, como decía Tovar, una «integración moral». Servía para lo interior. Era un nacionalismo que no osaba decir su nombre. Llevado hacia fuera, como en las *Reivindicaciones de España*, de J. M.^a de Areilza y A. M.^a Castiella, tenía la modesta concreción de Gibraltar, Tánger y algún territorio que perteneció a la Guinea española. Cosas harto modestas, dichas con retórica exaltada. Tan irrisorio era el imperio que, en su aspecto expansivo, bien podía satisfacerse con el de otros. D'Ors creyó durante la guerra mundial que la Alemania nazi llevaba a efecto el renacimiento del sacro imperio romano. Después de 1945, concibió la posibilidad de que el imperio tuviese su capital en Londres; una Europa unida contra el «monstruo» del comunismo. En todo caso, estuviera aquí o allá el centro imperial, era de justicia reconocerle a d'Ors la paternidad del mito. Giménez Caballero lo hizo, en 1942, al compartir con él un hispánico almuerzo: tortilla bien apelmazada, merluza con mayonesa y tomate, carnero asado y vinos con aderezo de canela. Para ellos no había escaseces ni colas ni racionamiento. Hablaron de los hijos

⁹⁰ «En Segovia», V, 9 de septiembre de 1949. «Por sus obras», V, 1 de abril de 1944.

de d'Ors. Juan Pablo estaba con la División Azul en Rusia. Víctor había hecho la guerra en el frente de Guadalajara. Alvaro había sido teniente de ingenieros. Gécé recordó los orígenes catalanistas del anfitrión, «mesías espiritual de la nacionalidad catalana», cuando había descubierto el imperio. Luego pasó a la influencia que tuvo sobre José Antonio, su «modelo magistral». Al cabo, brindaron con soldadesco anís por el futuro con gritos de ¡Arriba España!, por el «amor español que había vencido a Cataluña!»⁹¹

Javier Varela es Profesor titular de Historia del Pensamiento Español en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la UNED. En la actualidad investiga sobre la historia de los intelectuales españoles contemporáneos. Es autor, entre otros libros, de *Jovellanos* (Madrid, Alianza, 1989), y *La Novela de España* (Madrid, Taurus, 1999).

⁹¹ *Amor a Cataluña*, Madrid, 1942, págs. 189-211.